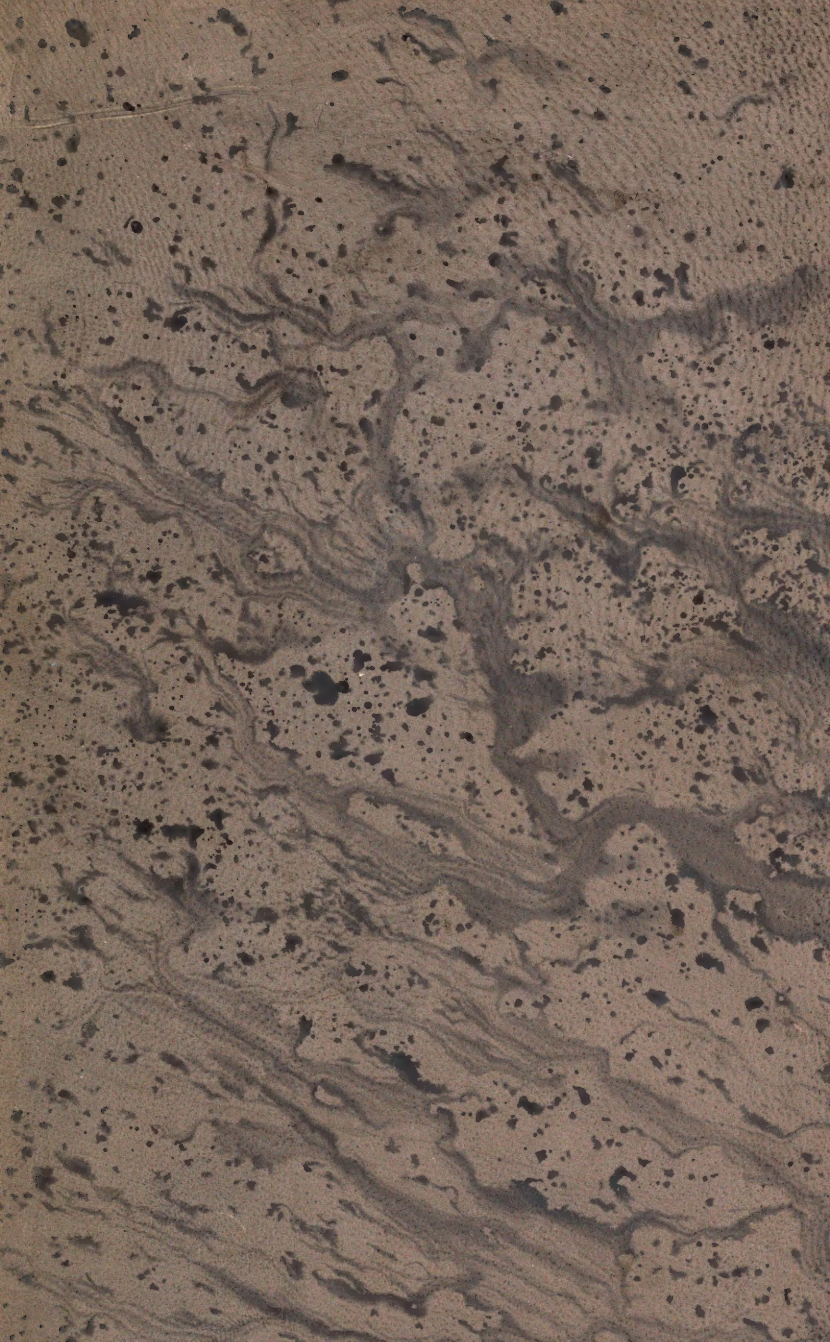






NUESTRO ABRAZO
Á PORTUGAL



LUIS ANTÓN DEL OLMET

NUESTRO ABRAZO A PORTUGAL

(CATECISMO DE LA RAZA)

MADRID
Imprenta de Alrededor del Mundo
Caños, núm. 4.
1912



PARA DON TORCUATO LUCA DE TENA, INTELIGENCIA ESCRUTADORA, VOLUNTAD FIRMÍSIMA, QUE HIZO DEL PERIODISMO ESPAÑOL UNA TRIBUNA DE HONESTIDAD Y DE FORTALEZA, Y BAJO CUYO MANDATO FUERON ESCRITAS LAS PÁGINAS DE AQUESTE LIBRO.

PARA DON TORCUATO LUCA DE TENA QUE TRUECA LA OBEDIENCIA EN DELEITE, PROPENDIENDO EN TODA OCASION SU VOLUNTAD, AL MEJOR SERVICIO DE LA PATRIA Y DEL REY

Si felipe ii no hubiera tratado á portugal despóticamente, si en vez de considerarlo como vil colonia, lo hubiera puesto al nivel de provincia, de región merecedora de todo respeto, aún formaríamos parte de la gran nación española.

....

....

El odio de Portugal á España, es falso. Lo supieron incubar algunos medradores á quienes nuestra independencia les conviene. Estos serán los culpables de la sangre que ha de verse derramada el día en que grandes sucesos de caracter internacional, hagan que España nos conquiste.

OLIVEIRA MARTINS

Esto ha dicho en su "Historia de Portugal", prosiguiendo la comenzada por Herculano, el gran poeta, y en su "Portugal contemporáneo", aquel cerebro fuerte, luminoso, aquel tan férreo y tan consciente patriota, cumbre del talento portugués, Oliveira Martins.

Exhumadas, veneradas sean estas nobles palabras que tienen el calofriante y sagrado prestigio de las profecías.



DISCURSO

Quisiera que fuesen estas páginas un tributo de veneración y un acicate de fortaleza para mi vieja Patria querida. En ellas, al menos, he de poner todo el vaho del gran incendio que abrasa mi espíritu. Lector, si todavía no te ha robado una intelectualidad enclenque, una cobardía miserable, un vil excepticismo propio de los nacidos para esclavos, la confianza en tu bandera; si como me figuro, hermano lector, alma de mi alma, cuerpo de mi cuerpo, barro español, como el mío, guardas en tu pecho, impoluta, una votiva luz que ilumina rancias y venerables imágenes de muy española consistencia, llégate á mí y lee...

Este libro es como una gran herida sangrante. Disculpa su parvedad y su poco seso. El mío es flaco. Pon tú, sobre mezquindades tan atrevidas, un gesto de benevolencia.

...Y lee...

Ha llegado un momento, un momento español, decisivo, en el que va todo nuestro presente, y

nuestro futuro. Triunfar... Morir... He aquí nuestro dilema internacional. Triunfar épicamente, robusta y brutalmente, ó acabar de una vez, dóciles al imperio de la vida, trocando en mancebía de pobres eunucos el solar heredado, abierto ante la fuerza de los pueblos vencedores.

En vano procuraremos distraer nuestra cuita, envolviéndola en el humo banal de un excepticismo frívolo, mundano, de una perversidad necia y gazmoña. Nos arrojarían á empellones de la botillería donde fumásemos creyéndonos gentes intangibles. En vano confiaremos la solución de nuestro conflicto al tiempo y al azar. El tiempo es cómplice de avispados y de perezosos, viejo sin corazón que se deja llevar por todos los brazos, y que si lo seducimos nos sonreirá, y si lo despreciamos, nos traicionará. En el azar, esa coquetuela, no creen más que los inertes...

Nosotros desenvolvemos nuestra vida entre adversarios. Sl fuésemos únicos, podríamos sostener un soliloquio gárrulo y fementido, y aun romántico, si queréis, poniendo en tela de juicio alguna linda bagatela, de orden interior, sorianista ó romanonesca, á lo Gasset y á lo "Imparcial".

Estas minucias son lujos que se pueden permitir las naciones fuertes y sosegadas, que no tienen á nadie que temer, ni asunto de paredes afuera.

No. Existimos acechados. Mientras España vive. Francia se pertrecha aún herida en su tuétano; Inglaterra y Alemania acrecen sus armas; Italia

misma, llena de fe y de confianza en sí, le hace sentir á su gran poeta, á su gran exquisito, á d'Annuncio, el fervor de las grandes hazañas guerreras. Más allá, Japón y los Estados Unidos quieren rivalizar con Europa. La iniciación de los grandes imperios, el afán, el prurito de alargar fronteras, de consumar extremadas rapacidades, es tan visible, que no huye ante los ojos del menos perspicaz. Dentro de un siglo, acaso de menos años, sobre la desolación de muchos pueblos débiles, cuatro, seis colosos asentarán sus zarpas vencedoras. Inglaterra, Alemania, Italia, Japón... Ahora bien, ¿será España coloso, será feudataria vil? ¿Habrá erguido su traza potente sobre las grandes ruinas mundiales ó habrá entregado su cuerpo decrépito á la violencia ó al ultraje?

El rubor salta, rebasa nuestras mejillas al pensarlo. Vil sangre la nuestra si no sirviera, vertida, para evitar semejante oprobio.

No. Sin fanfarria, de una manera silenciosa y humilde, duchos en la bárbara lección que nos hizo sentir la realidad en Santiago y en Cavite, se ha ido encauzando la vida española en un ritmo de labor y de honor. Tan cerca estamos ya, que somos nosotros mismos los autores del momento inicial, que no lo advertimos siquiera. Luego, sufrimos tal caída, que al sentirnos un poco alzados, parece como si el estupor nos obligase todavía á la vil postura de vencido.

En estos quince años hemos avanzado más que durante varios siglos de tiranía, de incertidumbre y de vergüenza.

Nuestros grandes enemigos interiores, la holganza, el señoritismo, este señoritismo hijo bastardo de la hidalguía, que ha procreado tantas generaciones de ociosos bien trajeados; el afán de sentirnos á solas, sin cohesión, individualistas á ultranza; la falta de moralidad pública y política; cierta disgregación en el sentimiento patrio, van desapareciendo. Ahora, apenas si quedan como adversarios íntimos, gangrena del cuerpo nacional, esa taifa sin gesto, cada vez más desprestigiada y más sin opinión, que pactó con los franceses pidiéndoles soldados que impusieran en el terruño la república, á cambio de cederles todo nuestro futuro: Marruecos. Apenas si quedan ya esos cuatro sórdidos, esos cuatro viles; y algunos pobres núcleos de gente advenediza y caciquil entre la hueste de los que todavía, para escarnio y vilipendio, nos gobiernan apoyados en la tiranía aldeana y en algunos periódicos de historia nauseabunda, ya en vías de morir, con la cuchillada sangrando, la final cuchillada que asestó el desprecio.

Crecemos y nos intensificamos. Yo he visto repoblar montes y erigir fábricas. Yo he visto formarse ciudades vigorosas. Yo he visto crecer la vida en mi torno. Y sobre todo, he visto la orientación de la senda ya topada, lo que nos hace te-

ner la evidencia del buen llegar... Tanto supimos desenvolver la energía de un pueblo consciente, que hoy, ante la estupefacción de quienes ya nos rezaran exequias, nos hemos alzado pidiendo en Africa nuestro cacho debido, cacho que regó la sangre de una oficialidad preclara, y que nos ha granjeado el respeto, ¡el respeto!

Ahora bien, ¿podremos encerrarnos en nuestra vida interior, esquivos al mundo, rehaciéndonos? ¡Ojalá! Otros quince años de calma seríamos felices. La obra comenzada tendría una consecución maciza, y la convalecencia, en reposo, remataría triunfal.

Pero esto es una utopia. Nos acecha en redor, el resoplido gigantesco de los monstruos ávidos. Y hemos de cuidar nuestra casa, mas hemos de vigilar nuestras puertas.

Ahogados dentro de nosotros mismos, cuando nos sintiéramos fuertes, ya sería tarde para tener eficacia en el consorcio internacional. Habrá pasado la hora. Estaríamos bloqueados entre murallas inaccesibles. No es posible vivir para adentro. Hay que vivir también respirando los aires del mundo. No es un prurito. Es una brutal necesidad, instinto de legítima defensa, obligación que nosotros hemos de soportar bizarramente, inevitablemente.

¿Es que no tenemos otro problema que el de nuestra reconstitución interior? ¿Y el de nuestra influencia espiritual en América? ¿Y el de nues-

tra expansión en Marruecos? ¿Y el de nuestra unidad y soberanía nacionales?

Somos como un enfermo, ya en vías de salud, amenazado por gentes más fuertes quizás. El ideal sería que nos dejasen fortificarnos, llegar á la plenitud, sentirnos aguerridos y pletóricos. El ideal sería poder asomarnos á Europa y decir:

—Señores, aguarden ustedes unos años para resolver sus ambiciones. Estoy haciendo gimnasia. Dentro de algún tiempo me será dado bajar al arroyo para romperles á ustedes las narices.

Y, no. Es preciso bajar ahora, y estar en medio de la calle arma al hombro, procurando evitar la refriega, pero no por cobardía, sino por habilidad. Y es preciso ir á todo, si á todo es necesario.

Si entretenidos en nuestra reorganización interna, dejaremos llegar á los cuervos rapaces. América sería inglesa, francesa, italiana, dentro de algunos años, no en su forma, que los grandes pueblos americanos, esos bizarros y augustos hijos nuestros no están en trance de soportar banderas extrañas, pero sí en su esencia, en su espíritu. Nosotros, pese á todo, hemos de emigrar allí, hemos de seguir dándole á las nuevas y fecundas tierras americanas la vieja sangre de nuestros gallegos y de nuestros castellanos. Y hemos de tender lazos de simpatía y de mutuo auxilio, y hemos de llegar cada vez más fuertemente al corazón de las bellas hijas cortejadas. De allí no puede huir el habla española, el espíritu español.

Aquello, tan hermoso, ha de ser como una prolongación independiente, libre, soberana, de nosotros mismos. Y esto no lo realizaremos durmiendo, sino ante el mundo, en lucha con los Estados Unidos, con Italia, con Francia.

Si entretenidos en nuestra reorganización interna, dejáramos llegar á los cuervos rapaces, Marruecos sería todo francés, y sobre haber renunciado á un ideal férreo y ancestralmente sentido, seríamos una pulgada autónoma pero llamada á fenecer, rodeados de Francia, envueltos por Francia, asfixiados por Francia.

Si entretenidos en nuestra reorganización interna, dejásemos llegar á los cuervos rapaces, la unidad ibérica, la unidad nacional, esa imposición de la lógica, de la historia, de la futura grandeza peninsular, no sería nunca un hecho.

Nosotros debemos reconstituirnos. Por fortuna los pasos van en esa derechura.

Mas no ceguemos puertas y ventanas, que al abrirlas podremos verlas enmuralladas por el enemigo, dueño de la linde.

El problema americano, incruento, de paz y de amor, ya nos preocupa. El problema africano, merced á gobernantes conscientes, perspicaces, patriotas, está casi resulto. El problema de la unidad nacional, pudiera resolverse también en nuestros días. La oportunidad cruza propicia, fácil. Portugal, dominado por una revolución acéfala, inmoral, atrabiliaria, que ha descompues-

to y aniquilado al país, nos tiende los brazos.

Yo quisiera que las impresiones sucesivas, ajustadas á la realidad más escrupulosa, escritas sin más criterio que la sinceridad y el patriotismo, sirvieran para crear en ambos pueblos esta opinión que aquí no sería subyugadora si allí fuera sensata.

Y ahora, lee... Disculpa este discurso, manojo incongruente de pensamientos dignos de otro caletre y de otra pluma, desbrozados aquí, tan groseramente, para que sirvan de pretexto á este pobre libro patriótico.

Luis Antón del Olmet



CON EL POLVO DEL CAMINO

¡A LISBOA!

El director me ha llamado á su presencia:

—Conviene que salga usted para Lisboa. Hay que decir la verdad acerca de lo que allí ocurre.

Don Torcuato Luca de Tena se yergue un punto sobre la butaca, y añade:

—Ya sabe usted que nuestro periódico no tiene más orientación que lo cierto, lo exacto. Así, pues, las informaciones que usted envíe, serán un reflejo puro de lo que vea, de lo que exista en realidad.

Yo asiento sin palabras á esta sinceridad que cautiva mi ardimiento de periodista independiendiente, dispongo el viaje, ardo, brinco por Madrid, y al cabo, minutos antes de salir el tren,

arribo á las Delicias. Después, camino de Portugal, medito...

Va contenta mi alma. ¿Consideráis mi felicidad? No tengo la obligación de hallar estúpidos á los realistas lusitanos. No me siento atenazado por el imperio de hallar ridículos á los republicanos portugueses. No debo proferir á ultranza que Portugal nos odia, ni debo proclamar que nos ama ciegamente. Yo soy un hombre tranquilo y sereno que va en el tren con los ojos limpios, el espíritu sin sombras, á ver, á decir la verdad. ¿Atisbáis mi dicha?

Lector, no esperes informaciones truculentas, relatos líricos de policíacas aventuras. Mis cuartillas serán rojas, blancas ó grises, según el color que fluya en mi torno cuando las redacte. Lector, ojalá éstas mis pobres impresiones volanderas, sin plan, desordenadas como la vida, te den la sensación de Portugal, del Portugal hermano y querido, tan desventurado.

LA VIEJA MANCHA

El tren que me lleva es un tren arcaico y deleznable. Así viajé yo siendo niño. Los asientos, duros; el traqueteo, feroz; las luces, opacas; la charla de mis compañeros, ubérrima, inacabable.

Se hace de noche. Por la ventanilla pasa una

eterna llanura gris. Ni un árbol... Apenas un rastrojo...

—¡Oh la caza del jabalí...! ¡Una noche en Torrijos...!

Y el viejo cazador, nostálgico, evoca...

—Se oyen primero los cascabeles... ¡Tin... tin! Después, la jauría, sobre la pista ya, ladra... ¡Guau... guau...! El jabalí, acosado, gruñe... ¡Hum, hum...! Por fin, un tiro en el pecho... ¡Qué alborozo! ¡Qué instante supremo!

El segundo compañero de viaje, ama cazar lobos.

—En Oropesa los hay á cientos. Una noche...

Y el cazador nos cuenta una terrible hazaña de lobos famélicos, una de esas historias trágicas que oíamos de niños, en las que brillan los dientes carniceros de la alimaña vil, y en las que se vierte como púrpura inocente, la sangre mansa del cordero.

La Mancha, negra, llana, surge por doquier. De alguna casa viene el eco alegre de un guitarro. En un pueblecito, ya que nuestro convoy no lleva hospedería, mercamos pan, un chorizo, unos tragos de aloque... ¡Antigüedad! ¡Mancha!

Yantamos. Y al calor de la magra y del vinillo, el alma se despereza y siente hervor del clasicismo plebeyo. Ríen los chistes.

—El chorizo es de mula. Me acabo de comer un pedazo de collera.

Llanura, llanura jocunda y castellana, que

alumbra como un ojo guiñado picarescamente un cuarto de luna... Por fin, el sueño, este mago, desvanece el humor, apaga la charla, rinde la cabeza.

Duermo... Al despertar, en una estación fronteriza, me tropiezo con Rodrigo Soriano.

—¡Usted!

—¡Usted!

HASTA ENTRONCAMENTO

El admirable aprehensor de automóviles monárquicos está en mangas de camisa, dentro de su vagón, acompañado por el Señor Viérgol y por el Señor Botelho de Souza, un republicano cetrino y entusiasta que adora ciegamente al nuevo ideal, ideal que le ha valido no escasas pesetas, dicho sea sin ánimo de ofender su delicado espíritu.

—¿A qué va usted, Soriano?

—Voy á desmentir una opinión... Portugal no aborrece á España. Portugal está sólo enemistado con el Gobierno español. Canalejas ha favorecido el movimiento monárquico. Paiva anticipó su golpe á instancias de nuestro Gobierno.

El republicano portugués, interviniendo calurosamente, blande un ejemplar de "O Mundo".

—Oiga, oiga...

En efecto. El fondo está dedicado á España. Y en este fondo se defiende á España, se la ex-

culpa. Sólo hay, para el pobre Señor Canalejas, unas terribles, formidables diatribas.

Yo, la verdad, no me explico demasiado este rencor, esta ira contra el Señor Canalejas. A mí el Señor Canalejas me parece un buen muchacho con una locura de talento. Canalejas no es cómplice de Paiva. En último extremo, al Señor Canalejas le importa someramente la cuestión portuguesa desde el punto de vista interior. El presidente del Consejo no ha sembrado de cadáveres monárquicos las tierras de Orense. Tal fué su delito...

Continúo hablando con el Señor Botelho.

—No lo dude usted. Portugal ama á la nación hermana y vecina. Lo demás son infundios. Ya tendrá usted ocasión de comprobarlo. Uno de nuestros propósitos consiste en vitorear á España ante su Legación en Lisboa.

Pero como ha pitado la máquina, interrumpo el palique y torno á mi vagón. En la estación inmediata, en Marvao, suben los guardiñas, abren mi pobre maleta, revuelven, y como no hallan contrabando me dejan proseguir el viaje. Aun así, estos guardiñas me han dejado una impresión triste.

Cuando la humanidad esté civilizada no existirá el guardiña ni el carabinero. Nuestra maleta, en viaje, es nuestra casa. Sobre la redecilla de un vagón tiene el íntimo prestigio de la puerta cerrada del hogar inviolable. ¡Y un hombre mal encarado, vestido de gris, con un machete y una

teresiana, ha de meter allí sus manos y escarbar...!

Hendimos la tierra portuguesa. Yo no me puedo resignar á tener por extranjeros estos agros tan españoles. A veces, el maíz, ese maíz sollozador, os lleva á las tierras galaicas. Otras, los cañaverales os conducen al bello solar levantino. Más allá, unas pitas, unos caseríos enjalbegados, hablan con acento andaluz. El Tajo, ¡el viejo río castellano que cantaran en fabla clásica troveros de Castilla, sordo, esquivo á las rayas tendidas por los hombres, lleva una risa española entre sus aguas verdes, mojando, salpicando, besando á Portugal!

Dejamos las estaciones chiquitas y alegres. En Abrantes ocurre una escena que merece á Eça de Queiroz.

Está el andén poblado. Hay gentes heterogéneas, algunas con sus barretinas verdes, otras con sus zuecos, soldados, un oficial moreno y fanfarrón que tiene una gran prestancia bélica. Al arribar el tren se oyen palmas, gritos:

—¡Viva Don Rodrigo Soriano! ¡Viva la República portuguesa! ¡Viva España!

Yo he contestado á este último viva. Después, transcurrido un gran momento de gran entusiasmo, aquellos cincuenta hombres enmudecen. El tren, estúpido, terco, chafa-ovaciones, no huye. Imposible sostener la ovación durante cinco minutos. Y el tren, impasible, no arranca, no arranca...

El entusiasmo, lector, es una cosa repentina y breve. Estos cincuenta hombres no han tenido inconveniente en enardecerse durante dos minutos. La república..., un republicano español..., este Señor Soriano, que tiene verdadera gracia para agitar el pañuelo... Mas ¿es dado el éxtasis durante largo tiempo? Y así, el grupo se fué callando, y enmudeció por fin, y el silencio, un silencio de inquietud, de hielo, horrible, fué inicuo. Yo le hubiera dado un empujón al tren. Cuando al cabo el infame se alejó, el entusiasmo quiso florecer de nuevo. ¡Ah; pero había ocurrido el instante pavoroso, ese instante en el que ante lo sublime estamos sin saber qué decir, anhelando que aquello acabe lo más pronto posible!

HASTA LA CAPITAL

Al penetrar en la estación de Entroncamento cambiamos de tren.

La fortuna me depara escuchar, según corremos hacia Lisboa, á un capitán lusitano. Parla de la conspiración, de mi país, de Paiva Couceiro. Me interesa oirle. Y así, unas veces en su idioma, otras en el mío, á veces en francés y en ocasiones en gallego, logro saber qué piensa el capitán.

La República se arraigó por entero en la na-

ción portuguesa. Inútil será cuanto se intente para destruirla. Paiva procuró revivir con su presencia aureolada, los sentimientos monárquicos. irrumpiendo en el país al frente de algunos aventureros y de algunos señoritos románticos... Y encontró el hielo para su causa. Chavez no corrió á sus brazos. Valença, tampoco. El trono es en Portugal un recuerdo.

Yo escucho estas cosas atentamente, ganoso de informarme.

—Bien; ¿y qué predice usted para el futuro? ¿Habrá nuevas intentonas?

—Quizá... Pero cada vez más débiles. Paiva mismo, desalentado, se irá por fin. El fracaso de su aventura en el Norte, fracaso que no es sólo de las armas. sino del sentimiento. le habrá escarmentado.

—¿Cree usted que viéndose perdido, y viendo sobre todo que la causa monárquica es un cadáver en Portugal, podrá sentir el deseo de aceptar la forma republicana, de someterse?

—No lo creo. Paiva es un gran carácter. Yo fuí compañero de armas suyo, y lo conozco. Por lo demás. aun en ese caso, la República no le perdonaría. Antes habría de cumplir los seis años de cárcel que le debe...

Bordeamos el Tajo. El Tajo, ¡pícaro!, es aquí anchuroso, espléndido como una ría gallega. En sus orillas, sobre las verdes praderas, pacen los toros de lidia. El campo es risueño, efusivo. De

pronto huyen casas, muchas casas, barrios enteros...

—¿Estamos ya en Lisboa?

—Sí.

Un minuto después, un trueno de ovaciones clamantes, me deja estupefacto.

¡VIVA ESPAÑA!

Y ahora, lector, ¿cómo describirte lo inaudito del momento?

El andén, un enorme andén, está lleno de gente, de una gente sudosa, enardecida, clamante, que chilla y gesticula. Miles de hombres vienen y van como enloquecidos. Se ven caras negras de congoleses, caras morenas de brasileños, caras bermejas de iberos puros. Flamean verdes banderas en el aire. Los vivas, el clamor, no se interrumpen un solo instante. Soldados, marineros se agitan entusiásticos. Hombres prefectamente ataviados se confunden con la blusa y la alpargata.

Yo escucho el griterío de la plebe republicana desde mi vagón. La ola humana corre, se apiña, se magulla. Unos brazos han izado á Don Rodrigo y se lo han llevado en hombros. De vez en vez, se oye decir, formidable:

—¡Viva España!

Yo me siento arrastrado por el grito y por la multitud, y descendiendo, corro tras los que vitorean á mi patria.

—¡Nosotros queremos á España! ¡España quiere á Portugal!

Sudo tras de la manifestación. Bajamos hasta la enorme plaza del Rey Don Pedro. Una señorita arroja desde un balcón algo así como una lechuga sobre Don Rodrigo Soriano. Voces terribles, orgíacas, aullan:

—¡Viva Don Rodrigo!

Por fin, extinto, lleno de mugre, de sudor, de cansancio, logro arrimarme á un hotel, á cualquiera, busco refugio en su zaguán, y demando asilo.

—¿Hay un cuarto?

—Sí.

—¿Puedo telegrafiar?

—Sí.

—¿A qué hora sale el correo?

—Dentro de una hora.

Heroico, desatentado, redacto nerviosamente un telegrama. Después, ante un rimero de cuartillas, con el pelo alborotado, las manos sucias, el traje roto, escribo, escribo en el zaguán, queriendo transmitiros estas impresiones volanderas, rápidas, febriles. A veces pasa una señorita portuguesa muy peripuestilla, ó un hombretón inglés muy garrido, y se me quedan mirando asombrados. En la calle se oye hervir al gentío alborotador. En ocasiones, ante mis oídos acuciados, se detiene simpático un ¡viva España!

Ahora bien; ¿qué ocurre? Lisboa tiene cara de

felicidad y gritos de entusiasmo. Pero ¿es verdad todo esto? ¿Será un hecho espontáneo, temperamental del pueblo portugués? ¿Habrá influído la garra oficial en esta hermosa juerga? ¿Está contenta Lisboa con la República? ¿Han venido estos miles de ciudadanos á la estación con una careta? ¿Es la opinión, toda la opinión, ésta que acabo de ver y de oir en las calles? ¿Hay otra opinión, callada, llena de amargura que devora sus tristezas en silencio?

Lo ignoro. Hoy lector, sólo sé que Lisboa gritó ¡viva España...!: que me hallo rendido, y que por transmitir un telegrama me han pedido ¡no sé cuántos miles de reis!

Lisboa, Agosto 1912.



FIESTAS Y ENTREVISTAS

A TOURADA

Depositada en el correo mi crónica anterior, salí á la calle para ver Lisboa. Quería sorprender su cara, su risa ó su mueca, su aspecto. Un sol de occidente, que no mortifica ni ofusca, parece reclinarse, tibio, por esta colosal plaza del Rey Don Pedro, llena de vida y de aparato. Las tiendas, como domingo, están cerradas, pero hablan de auge. Una multitud, emperifollada, amiga de lo alegre y de lo dominical, luce sus galas por la Gran Avenida. Estos militares verdes y azules, tan garridos, tan pimpantes, caminan despacio, haciendo un gran ruido con sus terribles sables, mirando de soslayo á las mujeres. Lo cosmopolita, una pantorrilla femenil al descubierto, alargada sobre la bigotera de un coche, triunfa. De pronto, una calesa llena de mascarones joviales, cruza anunciando la tourada... Lisboa no tiene aire compungido. Lisboa, feliz ó desgraciada,

supo adoptar, al menos hoy, un jocundo encogimiento de hombros.

Yo deseando sorprender la psicología colectiva de este pueblo, y sugerido por las noticias desparramadas acerca del odio portugués contra el español, me dejé cobrar un sentido por ir á los toros...

La fiesta para un ibero, tiene grande atractivo. Es luminosa, un tanto pueril, gaya, sin brutalidad. A un hombre del tendido 6 le parecería, tal vez con razón, grotesca. A mí que no amo ni á Bomba ni á Pastor, me ha divertido mucho.

La tourada es una mojiganga estupenda, llena de bagatelas felices... Se ha suprimido la sangre. El toro no deja ver la trágica punta de sus cuernos. Estos, forrados con trapos y badanas, semejan un juguete infantl. Y luego no existe la suerte de matar. Es, á lo sumo, un simulacro.

No se ven vísceras, entrañas, venas rotas, que dejan escapar arroyos de sangre. El torero, caso de ser cogido, llevaríase á casa la huella de un buen garrotazo. El jamelgo, ese manso amigo, tan lamentable y tan humilde, no deja ver sus contorsiones postreras, ese temblor agónico, terrible, esa muerte brutal sobre la arena, dramática, inicua.

Es, pues, el espectáculo muy civilizado. Pero también es un poco banal. El toro ya no resulta una fiera que lleva el sepulcro en sus cuernos. Es un animalote inofensivo, del que unos pícaros se ríen sin riesgo. Los toreros, horros del medror,

se acercan, se envalentonan, dan la impresión de estarse burlando. Jamás los sacude durante la corrida el temor, el ansia, el entusiasmo. Las touradas inocentes de circo se parecen mucho á estas incruentas touradas lisbonenses.

Sin embargo, como se ha suprimido la emoción, vino, en cambio, la vistosidad á enseñorearse de la plaza.

Esto es una sucesión de fruslerías. La música está tocando constantemente; se le ponen rejones al toro; se le hincan banderillas: se lo llevan unos zagales vestidos á lo clásico; salen unos chulitos de once abriles á recoger sombreros: dos "amadores" como aquí se llama á los "aficionados", plantan unos palos absurdos, de cualquier manera, lancean al alimón, hacen locuras ante la cornamenta forrada: salen los cabestros en un dos por tres: emergen pastores cabalgantes, duchos en picar al torete con una vara larguísima: los "mozos de forçado" derriban á la fiera: el público, un público de señoras, de burgueses, todos muy plácidos, ríen y aplauden; á veces, un entusiasta arroja al redondel un pollo, un mirlo, un haz de nabos y de coliflores.

La fiesta, para unos ojos españoles clásicos, distrae burlonamente. Es como si viéramos á los bandidos andaluces bailar el garrotín ó fingiendo á lo sumo que van á detener una calesa. Los toros, á nuestra usanza, son más crueles, más bárbaros; pero son toros. Esto es una encantadora nadería.

Sin embargo, el Señor Morgado de Covas, estupendo caballero en plaza, me ha dado una sensación de antigua majeza muy bonita. Vestido á lo viejo, á lo elegante, diestro caballista, rejoneador certero, gana por su habilidad, por su vistosidad. ¡Oh, si el toro no llevara forrados los pitones, este Señor Morgado de Covas llegaría tal vez á electrizarnos!

Por lo demás, ni Angelillo, ni los "banderiheiros" Theodoro Gonçalvez, Ribeiro Thome, Alexandre Viera, Alfredo dos Santos, portugueses, sin el garbo, la gracia, la chulería de nuestros lidiadores, vestidos á lo ibero, mas sin riqueza, sin fastuosidad, me han hecho gozar, me han hecho sufrir.

Yo, que no voy á los toros en España, pero que cuando voy apuro la corrida, divirtiéndome quizá mucho, preferí no acabar ésta. Es como si en el trance de comer callos ó caracoles, aliñarais el plato con unas cucharadas de azúcar...

¡Ah!, ¿lo antiespañol? Angelillo fué ovacionado muchas veces. Fué un momento de intensa alegría que unos ojos españoles, aun siendo trivial la ocasión, no podrían olvidar.

LA PRENSA DE AQUÍ

¿Verdad que todo esto es incongruente?
Tras de las corridas, los periódicos.

Y bien, ¿qué hacer? Los viajes de información, estos viajes rapidísimos, son un poco gárrulos. El periodista va de Ceca en Meca, sorprendiendo hechos distintos que ha de relatar á seguida, sin parsimonia, tal como pasaron, acelerados, por sus ojos. Así lector, tras de la "tourada" la Prensa.

Yo he preguntado con vivo interés por los periódicos de Portugal. No me ha bastado leerlos. Leídos, estos periódicos son amigos de la nación española; pero son adversarios irreconciliables de nuestro Gobierno. Están poniendo al Señor Canalejas como á hoja de perejil. "La Capital" de anoche dice que Don Antonio Maura, á pesar de ¡su espíritu regresivo!, no se hubiera portado como Don José Canalejas en este asunto de la conspiración monárquica. "El Mundo" ataca sañudamente á Don José, afirmando en redondo que fué cómplice de los realistas portugueses. Pero en todos sus artículos y en todas sus informaciones ponen á salvo el amor que dicen sentir por la nación española. Estos periódicos, pues, son unos buenos chicos republicanos, que han estrenado forma de Gobierno y que se hallan encantados de la vida.

Ahora bien, ¿cómo viven por dentro? ¿A qué matiz de opinión obedecen? ¿Qué ideales ensalzan?

Anoche le pregunté á un periodista local:

—Dígame, ¿qué periódicos monárquicos hay?

Y el periodista local me dijo categórico:

—En todo Portugal no existe más que uno: "La Nación".

Pero este uno casi no se puede contar. Es miguelista, absolutista, una cosa histórica, de abolengo, sin esperanza... Es un bello y simpático periódico fosilizado, que vive porque no se le ha ocurrido morir.

—Pero un periódico monárquico, de combate, ardiente, que propenda á realizar la revolución...

—Había uno: "El Día"; pero dejó ya de publicarse.

—¿Qué razón le movió á esta actitud?

—Ninguna. Carecía de ambiente...

—¿Qué otros periódicos hay en Portugal?

—Verá usted. En Lisboa, "El Mundo", republicano de siempre, que preparó, que hizo la República. "El Siglo", también republicano, aunque tuvo algunas concomitancias manuelinas. Hoy, sin embargo, defiende la actual forma de Gobierno con vivo calor. "Las Novedades", periódico sin matiz político, mas republicano en su esencia. El "Diario de Noticias", informativo, sin pasión alguna. "La República", "La Lucha", "El Intransigente" y "La Patria", los cuatro en competencia por amparar el gorro frigio...

—¿Y en el resto de Portugal?

—Sólo hay periódicos en Oporto.

—¿Su carácter?

—"El Comercio" y "El Diario de Noticias". absolutamente neutrales, periódicos de especiali-

dad. "El Primero de Enero", "La Montaña" y "La Hoja Nueva", republicanos, sobre todo estos dos últimos, que la defienden á ultranza, decididamente.

—¿Y éstos son todos los periódicos de Portugal?

—Los diarios, sí. Y como habrá usted observado en la relación, el monarquismo no aparece por ninguna parte. Sólo "La Nación"; pero ¡de qué manera! Absolutista y con una tirada mínima, que apenas circula.

—¿Es perseguida la Prensa monárquica por el Gobierno republicano?

—Todo lo que puede ser perseguida en un país libre...

El ambiente que se respira en Lisboa es ambiente republicano. Bien es verdad que lo republicano, vencedor, es lo que flota, es lo que se ve, es lo que bulle. La Prensa, casi unánime, defiende la actual situación. Bien es verdad también que en momentos de crisis, de incertidumbre, todavía resultaría dificultoso tremolar banderas rebeldes... Pero aun así, en Lisboa se respiran aires poco manuelinos.

Yo, sin embargo, no me conformo á que sea definitiva esta impresión. He venido al foco, á la medula del republicanismo portugués. Lisboa es la cuna del movimiento revolucionario. Aquí no se tropieza uno más que con carbonarios más ó menos bien educados y corteses. Y luego, ¿indica

la Prensa un sentimiento unánime, total, de opinón? A Maura lo quería casi todo el país, y sólo A B C, independiente, lo defendió... ¿Estará ocurriendo en Lisboa un fenómeno parecido?

Para contestar á esta pregunta sería menester haber vivido en Lisboa cinco años. Yo, aun no pensando hacerme viejo por estas buenas tierras lusitanas, espero hallar otra corriente de opinión, de opinión monárquica, de opinión adversa. No es posible, me parece imposible, que el país se haya hecho, unánime, republicano, y que el monarquismo, todo el monarquismo, sean esos cuatro bravos, esos cuatro indómitos que irrumpieron frontera adelante conducidos por el gallardo Paiva Couceiro. Hoy bástenos con saber que aquí, en esta ciudad alegre, escéptica y mundana, se vive á lo republicano, al menos en su aspecto exterior.

HABLA MAGALHAES LIMA

En la redacción de "El Mundo" he visto á Malgalhaes Lima.

Magalhaes Lima es un viejecito pulcro y afectuoso, que fué paladín republicano, escritor muy popular, y que será presidente de la República portuguesa. Tiene un perfil aguileño, una melenita blanca y una sonrisa acogedora. No es un advenedizo, uno de esos demagogos surgidos en el bacanal, improvisados por el terremoto, que tie-

nen el poco talento de llenarse los dedos de sortijas para deslindar así los campos y darse á conocer por estos modernos sambenitos.

Magalhaes Lima es un prócer.

Yo, ganando la ocasión de proporcionarme una conferencia, lo conduje hasta un sofá, y allí le hice muchas preguntas. Oye, lector, lo que Magalhaes Lima quiso decirme:

—¿Qué impresión produjo en Lisboa el ataque de Chavez y Valença por las fuerzas de Paiva?

—De indignación tal vez... Pero no... Ni siquiera de ira... Nadie se movió. A todos les pareció una insensatez. No hubo un sólo grito subversivo, ni tuvo un solo eco la conspiración. De todas maneras, el Gobierno hubiera sofocado en seguida cualquier disturbio.

—Y á ustedes, á los republicanos directores, ¿qué impresión les ha causado la sublevación monárquica?

Magalhaes Lima sonríe.

—A nosotros, excelente. Estábamos deseando que surgiera. Vivíamos bajo la amenaza. Desconocíamos qué grado de intensidad alcanzaría: si tal vez el país, el país norteño, se dejaría conducir por el capitán Paiva. Ha sido algo que ocurrió... Lo terrible no es lo que ocurrió, sino lo que se aguarda...

—Es cierto. Pero dígame su impresión.

—Repito que excelente. Ese golpe frustrado ha venido á probar dos cosas altamente satisfacto-

rias para nosotros: que los monárquicos no tienen fuerza personal ni fuerza en la nación, y que el Ejército portugués, unánime, es republicano. Ya lo habrá usted leído. Las huestes de Paiva, insignificantes; ni un solo paisano arrastrado á sus filas; los soldados, fieles á nuestra causa...

Y Magalhaes Lima, al decir esto, se tira de su bigote blanco en un gesto lleno de júbilo.

—Entonces, ¿no temen ustedes nuevos ataques?

—Temerlos, no. Esperarlos, quizá. Aunque pudiera ocurrir que ni siquiera realizaran más tentativas. De la última salieron con las manos en la cabeza. Paiva, sin embargo, es fuerte, es tozudo. ¡Ah; pero le ocurriría igual que ayer...!

Hacemos una pausa. Yo pregunto al fin:

—La situación económica social del país, ¿cómo se halla?

—Bien. Hay un detalle. Los cambios no han bajado nada. Esto prueba el crédito de que goza la nación en el mercado y en la vida internacional.

—Sin embargo, la ausencia de capitales fuertes se dejará sentir...

—Emigraron algunos; pero no dejaron mucha huella. El comercio portugués está interesado en conservar la República. Los negocios se desenvuelven y el país marcha.

—Aun así, parece ser que tienen ustedes el presupuesto sin nivelar, en condiciones poco envidiables.

—Es cierto. El temor á las intentonas realistas nos hace mantener un Ejército superior á nuestras fuerzas. Esto desnivela un tanto la situación natural del Tesoro público. Pero, como usted comprenderá, se trata de una dolencia pasajera, efímera...

Magalhaes va de un lado á otro por la estancia. En el balcón se detiene para mirar á Lisboa. Las lucecitas del puerto, rojas, verdes, blancas, agujerean la triste lobreguez nocturna.

—Créame usted. Esto se halla consolidado. Ahora, sólo falta emprender una viva campaña política de administración. ¡Administración, es decir, honradez, economía: esto es lo que necesita Portugal!

La voz del viejo republicano tiene un trémolo de vivo entusiasmo sentido. Su mano, flaca, hace un signo enigmático sobre Lisboa. Por la rua d'O Mundo pasan gentes distintas, que al ver á Magalhaes se quitan el sombrero y sonríen.

—Vámonos dentro... Esto de que le conozcan á uno todos sus paisanos es triste.

Y el viejo se deja caer como derrumbado sobre un diván, y se pasa la mano por la frente, aniquilado, vencido por la popularidad, por el amor de sus conciudadanos, ahito de grandeza...

Ha sido éste el único gesto muy portugués que ha tenido Magalhaes Lima, el pulcro, el afable, el intelectual...

Lisboa, Agosto 1912.



DE LO SENSACIONAL Y DE LO FRIVOLO

NO TODO SON FLORES

Lector, si me guardas bien el secreto, hablaremos mal de los republicanos portugueses. Mas es preciso que no me delates. Mira que los carbonarios dan tiros...

Es decir, hablar mal, no seré yo quien lo haga. Yo no he venido aquí para hablar mal de nadie. Yo soy antes que nada redactor de A B C. Y A B C, tú bien lo sabes, carece de prejuicios... Así, no seré yo quien hable mal. Será... ¿Quién? Es mi secreto, secreto que no guardo influído por el medror, sino porque carezco del cinismo suficiente para enviar á chirona al monárquico luso que me ha contado estas cosas...

Ayer te decía yo que aspiraba á tropezarme con la opinión realista. No vi hasta hoy más que republicanos entusiastas. Por eso yo, que no tengo criterio; es decir, que no tengo más criterio que

el de afirmar lo que vi y escuché, hice mi crónica de ayer, un poco sahumada en demagogia. Hoy, en cambio, irá perfumada en orden. Yo, aquí, en Portugal, ganoso de ver palpitar á la nación, lo mismo soy capaz de comerme unas sardinas con el ácrata más furibundo, que me hago el melindroso para jugar á cualquier fruslería elegante de extranjis con el propio conde Bertiandos.

Pero no seas impaciente, que allá voy.

La casualidad es el ritmo de la vida. Estaba yo en un café de cierta plaza cuando se me acercó un pajezuelo del hotel, que me venía buscando con prisa.

—Lo aguarda á usted un señor. Dice que desearía verle pronto.

—Dile que voy ahora mismo.

Fuíme un poco intrigado. En el zaguán estaba un portugués de rostro sanguíneo, vestido algo burdamente, con facha decidida, seductora.

—¿El señor Antón del Olmet?

Yo suprimo las excelencias por rubor.

—A sus órdenes.

—Quería hablar un momento con usted.

—Me será muy grato.

Penetramos en un gabinetito, y aquel hombre me habló.

—Soy Fulano de Tal. Monárquico... He leído en la Prensa de Lisboa que se halla usted aquí, y deseo informarle. Pero es necesario que me dé usted palabra de honor...

—¡Qué niñería!

—Doy este paso movido por una razón de ideal. Usted está bloqueado. No ve á su alrededor más que agentes de la República.

—Sí, los monárquicos están todos en la emigración.

—Casi todos. Algunos, los que no podemos irnos, los que tenemos aquí intereses, el pan, la vida, nos vemos forzados á disimular... De lo contrario, á la cárcel, cuando no una paliza...

—¿Así las gasta el Gobierno redentor, que le llama verdugo á Juan Franco?

—Así. No hace aún una semana fué apaleado por un carbonario, en cierta estación del ferrocarril, un pobre hombre que no había cometido más delito que ser realista. Vivimos bajo un terror hipócrita. Las cárceles, con sus bocas abiertas, esperan constantemente el momento de tragarnos.

—Sí, es muy humano todo eso, muy liberal.

—Pero no paran aquí las cosas. En todo se ve la tiranía. La censura telegráfica se ejerce como nunca en Portugal. Podría contarle á usted hechos extraordinarios. La Prensa monárquica está deshecha, no fenecida por función natural y lógica.

—Esto es interesante. Dígame... Ya me causó extrañeza ver tan rara unanimidad.

—¡Ah! ¿Pero no ha penetrado usted en la desaparición de "O Día"?

—¿Y por qué hube de penetrar?

—Pues desapareció, no por falta de ambiente,

sino por amenazas, por algo más que amenazas. Los carbonarios intentaron, á ciencia y paciencia del Gobierno, quemar la redacción y las máquinas. Por fin, ante el designio bien claro de rematar el periódico á viva fuerza, tuvo que suspender su publicación. En el último número insertaba un fondo que lo decía con los naturales eufemismos: "Cesamos ante la fuerza".

—¡Bah, bah, bah...!

—Le digo á usted que todo esto es un horror. Y no hablemos de la vida oficial. El país va de cabeza. Ya debía mucho con la Monarquía; pero ahora se debe más. "¡Con estas revueltas!", exclama el Gobierno. Pero es el caso que la Hacienda está en ruinas. Luego, del merodeo político, del reparto hecho con las prebendas oficiales, vale más no hablar... Pero, sobre todo, lo más indignante es la persecución ejercida contra los ciudadanos que no piensan como ellos. Portugal está en poder de los carbonarios...

—¿Los carbonarios? ¿Qué gente es esa?

—¿No los vió usted nunca? Están en todas las esquinas. Pertenecen á una Asociación radical, cobran subvenciones, acechan, acosan, á veces pegan, y si se tercia, matan. ¡Líbrele Dios!

—Y mi revólver, ¡caramba! Pero, en fin, más vale que no se les ocurra. Sería una lástima fenecer joven, y, sobre todo, tan mediocremente. Bueno, y dígame usted, ¿qué tal se llevan los republicanos?

—¡A la greña! Les une sólo Paiva. Cuando Paiva se deja ver por la frontera, corren á unirse, y se apiñan y se dan calor. Pero en cuanto pasa el peligro, Costa no puede ver á Magalhaes, Magalhaes no puede ver á D'Arriaga, D'Arriaga no puedo ver á...

—Bueno, ¿y del estado social del país?

—Un desastre. Han huído todos los nobles y muchas familias adineradas. Se han parado industrias, se han estancado comercios. Lisboa no es ni la sombra de lo que ha sido.

El interlocutor habla con prisa, como desahogando su corazón angustiado.

—Tenía ganas de contarle todo esto. Lo veía sin la menor información monárquica. Estaba usted entre republicanos.

—¡Toma! ¿Y dónde ha de hallarse el periodista sino donde palpita la información? ¿Iba á permanecer encerrado esperando un maná ilusorio? Por lo demás, como yo no doy opiniones personales, sino que me limito á referir lo que vi y escuché, nadie podrá enojarse... ¿Se ha enfadado alguien aún con la carta proterva recibida? Se habrá enfadado con quien la escribió, mejor dicho, con quien la dictó... Pero no divaguemos, ¿qué hay entre el marqués de Villalobar y alguna parte de la colonia española? Dicen que mi excelente ministro no se lleva bien con los republicanos españoles aquí residentes.

—Y es verdad. Pero no tiene la culpa su minis-

tro, sino esos republicanos... Le contaré. Funcionan en Lisboa algunas agrupaciones de compatriotas suyos. Se llaman el Centro Español, La Fraternidad, La Juventud de Galicia y el Centro Escolar Democrático. Pues bien, éste sobre todo, no se dedica á un fin racional y legal, á la enseñanza, al socorro, sino á la política. Ellos son los que silban antipatrióticamente al Señor Canalejas, los que pretenden enviar mensajes de adhesión á los republicanos de aquí, los que deseaban convocar una asamblea antimonárquica de españoles. ¡Y claro, el marqués de Villalobar, no por monárquico, sino por patriota, y, sobre todo, por celoso diplomático, procura evitar esos desmanes! ¡Como que si ellos siguen así acabará por disolver los centros, esos centros que, lejos de cumplir los fines para que han sido creados, se lanzan á hacer en un país extranjero labor política!

—Pues tiene la razón Villalobar.

—Indiscutible.

Aún estuvimos hablando algún tiempo. Por fin este hombre, al parecr sincero, se despidió:

—Confío en usted.

—Como podría confiar en su padre, en su hermano.

—¡Gracias! ¡Ah, y créame...! Todo cuanto le dije es la verdad.

—Yo no creo ni dejo de creer. Yo escucho, escribo... Después, los lectores de A B C, que tie-

nen la facultad de discernir, sabrán á qué atenerse. Yo quiero ser tan puro, tan diáfano, tan correcto en mis informaciones, que le parezca al público haberse dado un paseo por esta nación tan simpática. Yo le agradezco á usted mucho estas manifestaciones. También he agradecido cordialmente, rendidamente, las que me han hecho los dignos prohombres republicanos con quienes hablé...

Una despedida. Luego, mi coche, y á correr por Lisboa.

¿TENGO CARA DE PRIMO?

Cuando torne á España le preguntaré al primer amigo que me depare la fortuna:

—Oiga usted, ¿tengo cara de primo?

Porque yo comprendo que un trechito de tranvía cueste una locura de dinero. Además, la cosa no tiene importancia, ya que uno anda metido en tantos miles de reis. Pero es el caso que me han ocurrido cosas terribles. Por media hora de coche me han llevado dos duros ¡españoles! Un refresco de grosella, el paternal refresco de grosella, por el que se "apoquinan" en Madrid "quincito del ala", me han cobrado ¡seis reales!; por afeitarme, ¡tres!; por llevarme á los toros, ¡seis también, pero pesetitas!

Y así, resulta que, ó Lisboa es la ciudad más cara del mundo, ó yo tengo cara de primo.

¿Que tal suceso no es enorme? Sí, pero denota una psicología, sirve para descubrir un carácter. No hay nada más grande que lo chico, dijo alguien, y repito yo.

COSAS DE LA CALLE

Las pescadoras, las aguadoras, son interesantes.

Van descalzas. Llevan el pelo tapado con una especie de mantilla. Sobre la mantilla usan un sombrerito muy gracioso, torero y andaluz. Y allí, encaramada, va la cesta con sardinas ó calamares...

No son bellas. Algunas son horribles. Pero, así, pobres, ingenuas, astrosas, luchando siempre tras los miserables patacos, dan pena bajo este régimen republicano y redentor, que liberó al Señor Vasconcellos, pero que no las pudo liberar todavía.

***

Y ya que hablamos de mujeres...

Va una por la calle. La hermosura se ha cegado en ella, vertiéndole todo su prodigio. Van Dik se hubiera detenido para dejarla, sonriente, en un lienzo. Pero ¡ay!, ¿no ve usted? De su mano

va un niño á quien acaricia, á quien parece amar, vestido como visten los opulentos á sus criaturas.

¿Quién será ese niño?—me pregunto.—¿Será un juguete, un acto de caridad, una coquetería? ¿Será hijo suyo? Y al cruzar por mi espíritu esta pregunta me quedo sobrecogido por el asco.

Lo cosmopolita.

Este niño es negro.

***

Una nota muy simpática.

En la plaza de Corpo Santo hay una techumbre metálica para que á los caballos de los simones, vamos al decir, que aguardan sin alquilarse, no les dé el sol. Junto á esta noble techumbre hay una fuente, para que beban esas buenas bestias amigas y hermanas, que nos conducen y nos ayudan á vivir. Enorme, efusivo, culto, hay un letrero que dice: "El hombre debe ser piadoso con los animales".

VILLALOBAR

Yo creí que Villalobar había decidido no recibirme, y estaba un poco enfadado con tan amable persona. Hasta había decidido exclamar: "Un

ministro debe aguantar á sus compatriotas. ¡ Para eso ejerce cargo tan gentil !"

Pero no ha sido menester.

Ayer he ido al Jardín San Albertas por yo no sé cuántas veces. Al principio, un criado portugués—¡ malhaya !—me dijo, chapurreando el español, que Don Rodrigo no estaba en la Legación. Y ya me iba dando al demonio, y bufando como una foca, cuando el fámulo corrió tras de mí.

—Pare, pare. Era una equivocación.

Por fuera, nuestra Legación, ese pedacito de la patria, es fea, sonza, sin carácter. Un caserón encarnado, sucio. ¡ Pts ! Mas por dentro lo exorna una elegancia vieja, hidalga, impasible, más grande que las ideas y los tiempos. Vargueños antiguos, lámparas artísticas, cuadros solemnes, butacones clásicos, y todo muy bien colocado, muy armónico. Es admirable, hechicera, netamente española esta noble casa que tiene sobre su dintel la bandera querida.

En el despacho está el marqués de Villalobar.

—Lo recibo á usted por ser hermano de un compañero mío, no por ser periodista. Les temo á ustedes. Yo no quiero, ni puedo, ni debo hacer la más insignificante manifestación.

Pálido, como si de pronto me hubiera quedado lelo, alargo mi mano fría hasta Villalobar.

—Bueno, pues muchas gracias.

Me siento, y entonces la faz del marqués adquiere un reflejo lleno de cortesía.

—Comprenderá usted que mi situación no permite expansiones. Mi deber es trabajar honradamente y callar con toda mesura.

—Sí, yo lo comprendo. Pero siquiera algo, poco, lo mínimo.

—¿Lo mínimo? Escuche usted. Yo no tengo más misión que seguir las instrucciones del Gobierno de S. M. Estoy de acuerdo con él. También lo estoy con el de la República portuguesa, al cual me unen las más cordiales relaciones.

—¿Nada más?

—Nada más.

Luego hablamos de cosas vagas. Yo intento conducir diplomáticamente al diplomático por el camino que me conviene; pero la finta se rebulle presta, y el golpe queda parado. No hay manera. Villalobar me habla del tiempo, de mis trabajos, de su egregia parienta y madrina la Emperatriz Eugenia; de todo menos de política, y ni siquiera de Portugal.

—Si yo no voy á publicar nada puesto en boca de ministro... Si es para orientarme...

—Oriéntese como le sea dado. Yo, si en otra cosa le puedo servir, estoy á sus órdenes. En esto callar, callar.

El marqués, á pesar de todo, es muy simpático. Da la impresión de un aristócrata, de un español inteligente y culto. Varias veces lo han llamado por teléfono, y otras tantas contestó en lusitano, en inglés. Cuelga de un muro el retra-

to del gran duque de Rivas.

—¿Es antepasado suyo?

—Abuelo.

—El autor de "Don Alvaro", fino, con aquella corrección suya á lo Byron, aparece vestido de marinero italiano:

—Esta hecha esa pintura durante su emigración. Vivía desterrado, y tuvo que disfrazarse.

Permanezco todavía unos instantes con Villalobar. Me despido. El marqués, afable, discreto, me deja escapar.

Lector, si quieres oir una cosa exacta, diré que, á pesar de no haberme dado nuestro ministro una sola noticia, he salido queriéndole, admirándole.

Calló. Su actitud, noble, digna, lógica, me ha parecido tan bellamente inflexible como la de un centinela.

Lisboa, Agosto, 1912.



POR EL MUNDO REPUBLICANO

COMIENDO

Se han reunido algunos republicanos vencedores, de los que flotan, para comer juntos. ¡Pardiez, que la vida es breve, y la República amable!

Casi todos ellos tienen la rica facha del improvisado. Gordos, carrilludos, llenos de alhajas, con unas colgantes sonrisas de hombres satisfechos. Sólo Magalhaes Lima, este viejo prócer, da una nota distinguida en el conjunto.

Yo no pretendo criticar, lector amigo, á estos hombres. Comer es una cosa lícita, y comer en tiempos de victoria, una cosa inevitable.

Mas, de improviso, acontece un hecho que mi pluma no debe olvidar sin añadirle ningún comentario. Un hombre triste, famélico, mal vestido, en cuya faz hizo la crápula estragos; un hom-

bre en cuya reconditez hay sombras legítimas de cultura, de buen gusto, de aristocracia, se acerca á la mesa y pide algo con los ojos, un sitio, una copa, amistad, calor, vida. Ha sonreído... Pero tan sólo Magalhaes le ha contestado amablemente. Los demás han seguido yantando con un gesto desdeñoso.

—¿No lo conoce usted?—dice por fin Magalhaes dirigiéndose á un comensal.—Es Alburquerque, el autor de un famoso libro contra la Monarquía portuguesa. Nos ha reportado mucho bien su obra. Fué leída y comentada en el extranjero.

¡Alburquerque!

Alburquerque es una tragedia bárbara, monstruosa. Pertenece á una de las familias más ilustres de Portugal. Tiene cara de señor y gustos de hidalgo. Pero como naciera rebelde, lanzóse al mujerío, á la vida jocunda y, por fin, á la demagogia. Fué un buen aliado ayer. Su pluma, una pluma traviesa y arisca, intentó ridiculizar y hacer odiosa á la Corte de su patria. Los republicanos jalearon mucho el libro. Vencieron. Y hoy. Alburquerque, mal trajeado, raído, famélico de riquezas y de amistades, se acerca al ágape con aire cuitado, y busca un sitio, una caricia...

Nadie le hace caso. Tan sólo Magalhaes tiene para el intruso una frase amable. Pasan los minutos angustiosos, horribles. Al fin, Alburquerque, fracasado, se aleja, mohíno.

Yo le veo salir cabizbajo, como si la vergüenza

le cansase. Por fin desaparece. Y hay una pausa entonces. Luego...

—¡ No se puede tratar á ese hombre!

—¡ Siempre así, con ese aspecto!

—¡ Yo no lo veo saciado nunca!

Luego, los triunfadores, coloreados, glotones, siguen atiborrando sus panzas.

LA PRENSA

Yo, y que los diablos me lleven si miento, no veo en Lisboa ira contra España. Eso sí, contra Don José Canalejas, "este digno sucesor de Maura", como le dice una diario local, plagiando á los encantadores republicanos de la Puerta del Sol, se ensañan.

Dos articulitos periodísticos, sin embargo, me han fastidiado mucho esta mañana.

El primero está firmado en "O Século" por un español, por un tal Ricardo de la Guardia, no sabiendo uno qué admirar más vivamente en tan galana prosa, si el espíritu ó la sintaxis. Don Ricardo se ofrece al Gobierno portugués contra el Gobierno español. Añade algunas bagatelas, y acaba realizando una gentil pirueta.

Esto me ha puesto un poco triste. Es un destello más de la vil campaña que se hace en el extranjero contra nuestra nación, precisamente por españoles, por malos ó por estúpidos españoles.

¿Qué necesidad tenía Don Ricardo de echar así las patitas al viento? ¿Cuánto mejor no estaría quieto en su pescante ganándose buenamente la vida? Un español, por muy malo que le parezca su Gobierno, podrá intentar derribarlo en España; pero nunca, nunca deberá ultrajarlo en el extranjero, vejarlo, tenerle como á un enemigo común.

Esto es lamentable y es brutal. Pero acaso no tenga remedio. Hace años que algunos españoles perdieron el concepto sagrado y augusto de la ciudadanía.

El otro artículo periodístico está publicado en "O Zé." "O Zé" parece una de aquellas revistas tan adorables, tan republicanotas, que se publicaban en España cuando vivía Figueras. Dibujos bastos; manchones rojos, verdes, azules; una gracia chocarrera, primitiva, de un infantismo eruptante. "O Zé" pone tibio al Señor Canalejas, y hasta procura ridiculizar á cierta persona cuya excelsitud está libre de todo fango.

Pero esto, en fin. podrían ser los diviesos, los forúnculos de una República demasiado joven para estarse quieta y ser consciente. Mas hay una croniquilla titulada "Pontas de fogo", en la que ya no son ataques al Poder público español, sino á la raza. Habla de que nuestra país favorece á la conspiración paivante, y exclama: "Inútil será recordar aquí cómo venga sus agravios esta nación de gigantes. ¡Aljubarrota!"

—¡Pueblo de gigantes Aljubarrota, impetuoso y terrible Portugal...!

Por fortuna, lector, el sensato pueblo de Lisboa no piensa ni habla así. "O Zé" es una chunga que se hará mucha gracia á sí misma.

EL PALACIO REAL

Un salvaconducto me abrió las puertas reales.

¡Qué gran emoción la mía al verme ante ese palacio muerto, que devastó la República y que tiene un aire tan abatido, tan cansado!

Frente al palacio de las Necesidades hay una fuente y un jardín. La fuente, con sus faunos viejos de mármol, está callada, seca. Los árboles, un sauce melancólico, unas acacias, espeluznan sus copas al viento, como si todavía cruzara por ellas el soplo trágico.

Entro. Un hombre recoge mi salvaconducto y me hace subir sin cumplidos. Una escalera gallarda, que siente la nostalgia de los alabarderos: unas estancias ricas, joyantes, llenas de muebles antiguos, oro y seda, concha y damasco, en las que ya no cuchichean las damas ni el pie de una Reina hermosa hace al pisar las maderas del piso un ruidillo gentil: unas butacas familiares que todavía forman corro, pero en cuya beatitud ya nadie se acomoda: un piano mudo, cuya tapa, llena de antiguas pinturas, no alzan deditos son-

rosados; un trono imponente, un cadáver de trono, serio, altivo, abandonado, que aún parece aguardar impasible; un salón extinto, donde ayer bailaran reyes, embajadores, damitas que aguardan el amor de un príncipe, chambelanes y nobles guerreros; un balcón roto, por donde penetró la metralla; un abanico de la Reina, olvidado sobre una consola...

¡Qué gran emoción la mía recorriendo estas reales habitaciones silenciosas, mudas de asombro, que cruzó el fausto de los Braganza durante largos siglos, y en las que hoy turba su íntimo reposo la fanfarria de mi paso! He sentido pavor al desmenuzar su encanto, al profanar su intimidad recóndita, cuando está caliente el nido sagrado, inviolable, de la casa real. ¡Me ha parecido absurdo, monstruoso, este desacato!

De pronto, mi acompañante se detiene ante una puerta cerrada.

—¡La alcoba de doña Amelia!

Palidezco un poco. ¿Será un atrevimiento? Me descubro. Yo quería demandar permiso... Mas la puerta se abre y el portero me incita á penetrar.

Hay un silencio infinito, una calma terrible. Cuelga de la pared un Cristo de marfil. Una butaca, un reclinatorio, un diván, un vargueño. donde la Reina guardaría sus cartas, sus recuerdos amados, está en desorden. Siento una sensación, una cruel sensación de agonía, como si á

mis ojos protervos les doliera profanar el íntimo recogimiento femenil y real de la estancia. Aquí ha dormido una soberana. Aquí, entre estas paredes. vestidas de seda, ha hilado sus sueños. Y aquí estoy yo, un extranjero advenedizo, porque á un ministro republicano le ha dado la gana.

Esto es impío, es miserable, es vil, hermano lector. Esta puerta debiera ser la llave de un arcano. Esta gentil estancia debiera ser para todos, un secreto.

¡Yo he sentido ruborizarse la alcoba real! ¡Yo he visto sobre el rico edredón, tibias, impresas todavía, las huellas de unas rodillas que saltaban, ágiles, al lecho!

He ido al dormitorio del Rey Don Manuel. La cama en desorden, un mueble tirado, sobre la mesa de noche dos libros, cuya lectura fué interrumpida por el estruendo de la revolución. "L'etui de nacre", de Anatole France; "Le culte de l'incompetence". de Emile Faguet... El dormitorio está intacto, como la noche aleve. Por curiosidad, por sadismo, por respeto, nadie lo ha tocado. Se siente. se ve á un pobre Rey demasiado joven huir despavorido...

Pero advierto cansancio en el cerebro y en el corazón. Me ha impresionado en demasía este palacio muerto.

—¡Vámonos!

—¿Sin ver el retrato de la Reina?

—Eso nunca.

Penetramos en una estancia. ¡Oh, qué maravilla!

Es un retrato enorme, de tamaño natural, pintado por un fino artista. Doña Amelia, en todo el apogeo de su hermosura, sonríe, sonríe, llena de majestad y de gentileza. Ciñe su cabello negro una corona de brillantes; los ojos, dos ojos castaños, juveniles, inteligentes, brillan plenos de alegría; la nariz, una pincelada muy bella y muy armónica, cae sobre la boquita roja, que sonríe un tanto; el escote, los brazos desnudos triunfan: unos dedos rosados, puntiagudos, magos dedos reales que sólo han tocado el oro y la seda, lo suave y lo aristocrático, pinzan un abanico de plumas; el traje de corte, amarillo, suntuoso, cae lleno de altivez y de majestad.

No; doña Amelia no ha sido enviudada por los asesinos; á doña Amelia no le han matado á su hijo primogénito; á doña Amelia no le han destronado á su amado y real segundón; doña Amelia no ha tenido que huir de su patria al destierro, lleno de amargura y de espanto. La Reina es joven, la Reina sonríe. Si por esa frente llena de feminidad augusta, no ha pasado aún la sombra inicua de lo trágico. En esos divinos ojos castaños no apagó todavía el crimen su júbilo, su hechizo. No, Reina, no...; eres joven, hermosa, y aún llevas á los chambelanes en tu seguimiento, y aún por las calles el pueblo te ama y te vitorea. Sí, Reina, sí, sonríe, sonríe eternamente, y sea

esa blanda sonrisa tuya una flor que no muera jamás en tus labios.

El portero me interrumpe:

—Se hace tarde...

Yo me vuelvo como si despertara.

—¿Es usted monárquico?

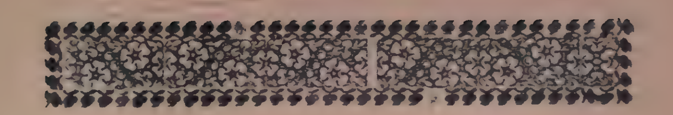
—¡No!

—Yo, sí... Verá usted.

Y doblando mi rodilla ante la Reina, exclamo:

—¡Señora...!

Lisboa, Agosto 1912.



ESCENAS Y ENTREVISTAS

DON RODRIGO Y DON PABLO

Yo no quisiera que Don Rodrigo Soriano tuviera la tentación de malhumorarse leída esta crónica.

Don Rodrigo es un hombre mundano, inteligente, descreído y afectuoso, excelente conversador, que tiene mis simpatías fervorosas. Mas no son tantas realmente para que deje yo de juzgar con acidez este su plan futuro. Soriano, lector, ha convocado una asamblea republicana, hará venir á Don Pablo Iglesias, y aquí, en pleno Lisboa, exclamará no sé cuántas bellas vulgaridades contra Canalejas, y de seguro, ¿cómo no?, contra Maura.

Esto ya no está bien. A mí, Rodrigo Soriano me dijo que venía como español á Portugal, sencillamente como español. Yo, que soy cándido por naturaleza, y que además creo siempre lo que parece natural, sencillo, lógico, mandé á mi periódico un telegrama dando así la noticia. Don Rodri-

go llegaba, sin aire demagógico, á realizar un acto de simpatía y de cordialidad con este pueblo. Hacer otra cosa me parecía tan absurdo, que fuí sincero, inocente...

¿Será posible que un diputado español acuda á un país extraño para hablar mal de su patria? Porque, dejando sutilezas aparte, esa diferencia que algunos pretenden hacer entre la nación y su Gobierno, está bien para andar por casa. Eso, en la Carrera de San Jerónimo, es un apotegma. Eso, en la rua do Ouro, es un sofisma. En Madrid se puede criticar, zaherir, al Gobierno. En Lisboa es tan monstruoso, que me parece todavía imposible que un hombre inteligente, culto, leído y escribido, razonador como Rodrigo Soriano, sea capaz de afrontarlo.

Pero tal vez el domingo próximo, en el teatro de la República, Soriano, Iglesias y este simpático "Sastre del Campillo" echarán un poco de barro sobre su patria. Ellos dirán que la nación carece de toda culpa, que España es inocente; pero dirán que su Gobierno es un traidor á la República portuguesa, y hablarán otra vez de la España reaccionaria, del Poder jesuítico y de todas esas fruslerías en las que por desgracia creen los cargadores del muelle de Marsella y los cocheros de punto de Lisboa.

Pero, ¿qué hacer? Nuestros republicanos, insólitos en la historia de los republicanos mundiales, viendo que dentro del país nadie les hace caso,

traspasan las fronteras, y en tierras extrañas aullan contra la nación. Creo que están equivocados. Lo antinacional, lo antipatriótico, lo absurdo, no vence nunca. Son voces que lleva el aire, que dejan una huella en las muchedumbres gárrulas, pero que dejan otra bien distinta en las conciencias inteligentes. El ministro de una República americana en Lisboa, comentando esa futura Asamblea, me decía estupefacto:

—¿Es posible? ¿Que Soriano dará un mitin contra su propio Gobierno? ¡Vaya, usted se ríe de mí...!

Yo, por fortuna, ya no estaré el domingo en Lisboa. Si estuviese, y á pesar de que Soriano es un excelente conversador, un hombre muy simpático y muy culto, le gritaría, le apostrofaría confundido, exaltado, entre la plebe ignara.

EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

El Señor D'Arriaga merece una loa.

¡Qué lindo!

El Señor D'Arriaga es un caso de vencedor inusitado. El Señor D'Arriaga es un poeta, un candoroso, ameno poeta de Juegos florales, cuya lira inocente y gentil ha cantado á los cielos puros, á las rosas llenas de rocío, á las mocitas balconeras que aguardan al novio. En esta época su musa no le valió más que algunas flores naturales. Después

su inspiración cambió de aspecto. El Señor D'Arriaga, épico, construyó algunos miles de redondillas contra la opresión, contra la tiranía, contra Juan Franco. Esto, y una melenita romántica, una blanca perilla, unos gratos ojos azules y una sonrisa dulce, le han llevado á presidir la República.

He ido esta mañana á saludarle en el palacio de Belem, donde ya no moran príncipes, donde la democracia llevó á un poeta lírico.

En la puerta, unos soldados que toman muy en serio su delicado papel, hacen centinela. Dentro, porteros almidonados, que guardan al presidente con aire litúrgico.

—El Señor D'Arriaga me ha concedido audiencia.

—Bien. Deje usted el bastón.

Dejo el bastón sobre una consola y penetro en otra estancia. Allí me hacen dejar el cigarro. En la tercera, el sombrero. Ríase usted, lector, de las etiquetas monárquicas. Al fin, un hombre rubicundo y gordo, muy cariñoso, me deja llegar hasta el presidente.

Está sentado tras de una mesa, y escribe sobre un cacho de papel azul, ¿redondillas? No, seguramente. El señor D'Arriaga escribe ahora cosas más serias, aunque menos sutiles.

—¡Excelencia...!—le digo.

Me siento junto al viejecito, y hablamos un instante.

—Ya comprenderá usted—exclama de pronto el presidente—que yo no puedo hacerle ninguna manifestación. Para eso está el Gobierno. ¡Yo soy el jefe del Estado!

Miro curiosamente al Señor D'Arriaga.

—No, si yo no pretendo tal cosa. Yo no deseo más que saludar á vuestra excelencia.

Dos veces he deslizado la excelencia sin que nadie ataje mi cortesía. En España, yo le hablo de usted al Señor Canalejas, y se queda encantado. Bien es verdad que aquí la excelencia tiene menos importancia. El criado que me sirve en el hotel no me llama jamás de otra manera.

Luego, el Señor D'Arriaga platica en poeta.

Yo leo en esos ojos suyos, juveniles, brillantes, el talento...

Y después de un rato, y cuando le hablo yo de las divisiones existentes entre los republicanos portugueses...

—La hoja del plátano y la hoja del pino son completamente distintas. ¿No?

—Cierto.

—Pues bien. ¿Hay dos hojas de pino que sean iguales absolutamente?

Un instante después se rebulle en su butaca el presidente, y me despide. El hombre gordo y rubicundo me conduce hasta la puerta y asiste á mi marcha.

Belem es suntuoso, elegante, refinado, principesco. Por allí ha pasado, augusta, preclara, la

Monarquía... Sí, sí; me parece muy bien que este ameno poeta no vaya por los cafés recitando versos, sino que viva en plena majestad y que diga, como si recitase un madrigal exquisito:

—¡Yo soy el jefe del Estado!

DUARTE LEITE

He querido hablar con el presidente del Consejo de ministros, y he preguntado por tan elevada persona en el comedor del hotel.

—Mírelo—me ha dicho.

Allí, arrimado á una mesa, y en compañía de su secretario, joven aún, pelicano, narilargo, nervioso, está el jefe del Poder ejecutivo.

—¿Quiere usted hablarle?

—¡No!

¿Para qué? A un hombre que vive junto á nosotros, sometido á nuestro régimen, que duerme fronterizo, que se abluciona en nuestro mismo baño, ¿qué le voy á preguntar yo?

Los presidentes del Consejo no pueden vivir de huésped como un empleado de Hacienda. A mí, al verle tan cerca, no se me ha ocurrido otra cosa sino llegarme á él y decirle campechano:

—¿Qué mal se come en este hotel, caramba! ¿Funciona en su cuarto la llave del agua caliente?

EN UN ESCAPARATE

En una tienda del Rocío hay exhibido en el escaparate un bacín. ¡Un bacín! Yo quería decirlo más pulcramente; pero no doy con la palabra, aunque sí con un circunloquio demasiado largo.

Pues bien, este bacín dice "Don Paiva". ¡Y se vende para uso de los republicanos!

¡Qué liberal, qué democrático, qué inteligente, qué artístico, lector!

UNA ESPAÑOLITA

Eso de que se nos odia, no es cierto. Ayer estuve en el "cine". Oí cantar "fados" muy hermosos. Luego salió una españolita.

Ruidillo de soleares, lentejuelas, y la "gachí" marcándose un tiento. Después, una ovación clamorosa.

Mas no vayan ustedes á creer que el pimpollo es ninguna preciosidad. ¡Encanto! Un fetillo... Chiquita, esmirriada, con unos bracitos flacos y una voz de gatita que da miedo. Y sin embargo, una clamorosa, estupenda ovación, para sus garrotines averiados y sus tonadillas ancianas.

Sí, lector, es que las españolitas, aun las menos favorecidas por la suerte, ¡qué sé yo!, tienen ángel.

Ayer, en este "cine" de Lisboa, he comprendido una vez más que nosotros, los españoles, no tendremos quizá otra cosa. Pero mujeres... ¡Vaya, con estas chicas y con una guitarra, aún podemos patalear por el mundo!

VASCONCELLOS

Y aquí unas cuartillas que pueden ser interesantes.

En el ministerio de Negocios Extranjeros he visto al Señor Vasconcellos, nuestro buen amigo.

Un instante de antesala, y á la presencia del prohombre. El Señor Vasconcellos, alto, cetrino, vestido muy correctamente, me recibe con la mejor de sus sonrisas. Luego me hace declaraciones de verdadera importancia.

—El Gobierno español se ha portado muy mal con nosotros. El Señor Canalejas no ha respetado el derecho internacional. Los conspiradores se han armado en España. El Jefe del Estado Mayor de Chavez ha sido herido con una bala disparada desde el territorio español.

—Bien; pero eso pudo ignorarlo el Señor Canalejas.

—No. A cada instante lo tenía sobre aviso. Desde Octubre, el Señor Canalejas sabe que se conspiraba. Y luego, los fusiles y las municiones

que llevaban las tropas de Paiva sus compatriotas de usted...

El Señor Vasconcellos se levanta, coge un fusil que duerme junto á un rincón y me lo enseña. Es un mausser de Oviedo, con su marca de fábrica, sin barnizar aún, dada la prisa por entregarlo, sin duda. La cartuchería es de Toledo, con los colores nacionales en la tapa.

—¿Cree usted que esto es lícito?

—Yo no creo nada, Señor Vasconcellos. Yo soy español, ante todo. Eso pudiera ser un equívoco, algo que no conocemos en todas sus partes.

Hacemos una pausa. Luego, el Señor Vasconcellos me muestra un cartucho.

—¡Lo ve usted! ¡Bala dundún! Eso que ha empleado Paiva contra sus compatriotas, ya no se emplea ni contra los negros del Senegal.

El Señor Vasconcellos está irritado, aunque se comporte con la exquisita finura del caballero y del ministro.

—Bueno, explíqueme usted una cosa, que hallo paradójica en demasía. ¿Por qué no han querido ustedes pagar los gastos de internación en España de los conspiradores monárquicos? Me parece lógico, ya que exigen ustedes esa molestia, que siquiera paguen...

El Señor Vasconcellos sonríe.

—Es bien sencillo. Nosotros nos negamos á pagar una cosa que juzgamos ineficaz para la República. Nosotros no queremos la internación en

Cuenca y en Teruel de los paivanes. Nosotros queremos que se les expulse del territorio español. Por eso nos negamos á pagar.

¡Expulsados y todo! Estos republicanos se cuidan. Y luego, cuando estaban en la oposición, el Señor D'Arriaga consumió tres rimeros de cuartillas en execrar el despotismo.

—Señor ministro, ¿qué sensación ha causado en el país la intentona paivante?

—De fervor republicano.

—¿No hubo nada fuera de la frontera?

—Algún ligero complot, descubierto y sofocado en seguida. Se realizan muchas aprehensiones. Hay que hacer limpieza.

¡Que se cuidan estos señores, vaya!

Luego hablamos de Paiva Couceiro.

—Paiva se batió bien con los negros africanos. Eso es todo. Pero un hombre inteligente, genial, no lo es. Luego, con nosotros ha sido extraño. Primeramente, se defendió en Queluz con su batería contra la revolución. Luego aceptó la forma republicana. Después se presentó al ministro de la Guerra y le propuso un plebiscito para que Portugal manifestase si quería Rey ó República. El ministro, claro está, lo tomó por loco.

¡Por loco! ¡Y tan racional como parece y tan democrático! Pero en fin, estará equivocado. Yo no tengo el propósito de asegurar otra cosa.

—Luego, rompiendo su palabra de no conspirar, se ha erigido en caudillo contra la Repúbli-

ca... Es muy extraño... Aunque, créalo usted, eso obedece á la influencia femenina...

—¿Cómo?

—Sí, á su mujer y á su suegra, que son unas histéricas monárquicas... Si no fuera por ellas, Paiva Couceiro estaría con nosotros.

Yo ignoro qué habrá de verdad en estas cosas. Yo lo único que aseguro es que el Señor Vasconcellos me las ha contado. Luego, como la entrevista se hace larga, exclamo:

—Y bien, ¿estarán ustedes muy resentidos con España?

El Señor Vasconcellos se yergue:

—¡Ca! España es un país hermano, al que nos unen grandes simpatías. ¡Su Gobierno, sólo su Gobierno!

Lector, ahí tienes íntegra esta charla con el amable Señor Vasconcellos. Mi sinceridad, la independencia de A B C, sírvale á ese puñado de noticias como garantía y como pretexto.

Lisboa, Agosto 1912.



SE VIAJA
Y SE OYE MENTIR

VARIOS INFUNDIOS

Pues señor, hemos tenido en Lisboa una revolución terrible, y los que aquí estamos sin saber una sola palabra... Es curioso.

No... Mientras ustedes me veían preso en llamas, oyendo el estrépito de la dinamita, cobijado tal vez en nuestra Legación, quizá en la calle muriendo heroicamente por la reina, yo tomaba un refresco de zarzaparrilla ignorándolo todo.

No... Aquí no se ha sublevado nadie. En Lisboa, en Portugal, durante algún tiempo no se sublevará nadie. Hay mucho miedo, caro lector; un miedo terrible. ¡Miedo! ¿Lo entiendes? ¡Miedo! Uno de estos días, cuando haya salido de tanta información como tengo retrasada, te descifraré el valor enorme, formidable, que tiene hoy en Portugal la palabra miedo...

Otro infundio ha sido esa famosa nota diplo-

mática que dijo Soriano—¡oh, patriotas del republicanismo español!—nos mandara Inglaterra, prohibiéndonos favorecer á los monárquicos portugueses. Tan desaforado embeleco hubo de hacer que los carbonarios se frotasen las manos llenos de júbilo, y que Soriano se diese tono de hombre á quien hasta Inglaterra proporciónale gusto en servir.

Afortunadamente, la gran nación británica tiene muchas cosas en qué ocuparse menos en saber que á Don Rodrigo Soriano, viajante demagogo en Portugal, le convendría una notita de tal jaez.

La cosa fué desmentida noblemente por el ministro de Inglaterra en Lisboa y por nuestro propio Villalobar. "O Século", que ya le había sacado bastante partido á la mentirilla, rectificó, todo enfurruñado...

FELIPE II

He vuelto á Belem y he visto el monasterio. La iglesia y el patio son una locura de arte, de finura, de magnificencia. Nuestro gótico florido, la catedral de Burgos, conserva aquí, frente al Atlántico, todo su encaje, toda su elegancia. Y además, insólito, maravilloso, el estilo manuelino, este raro estilo en que las cosas de mar entran como bello motivo de ornamentación, se ofrece á nuestros ojos con el prestigio de lo excelso.

Y, sin embargo, la República ha devastado el espíritu de todas estas cosas. En la iglesia, como no está de moda rezar, entran apenas cuatro beatas murmuradoras, contemporáneas del Rey Don Luis. Ha desaparecido el ornato, la fe, el incienso, el murmullo de las preces, las rancias vestiduras sacerdotales. Un portero con librea nos enseña este viejo y noble pasado, como podría enseñarnos las vitrinas de un Museo. Gama y Camoens, yacentes en sus tumbas, deben estar muy tristes contemplando esta profanación vulgar, sin medula, que ha traído sobre las bellas ruinas un volterianismo mal traducido, rezagado...

Mi ánimo. sin embargo, logró confortarse durante la visita al viejo Belem.

Ocurrió en el salón de las carrozas monárquicas. Allí están en dos ringleras. presas entre ujieres carbonarios. quietas, silenciosas y tristes. Cada una evoca la figura de algún Monarca legendario. En sus estribos aún vemos apoyarse el feble y delicioso piececito de alguna infantina. Dentro. entre aquellos damascos y aquellos paramentos insignes. hay todavía un olor vago á majestad. En las portezuelas. pintados sobre concha ó marfil. danzan pastores ó lidian guerreros. Los grandes plumeros históricos aguardan á esos palafrenes que mueven las cabezas á compás. también solemnes y también principescos...

Sin embargo. las carrozas portuguesas tienen demasiada fanfarria. Es un tumulto de oro, de

colores, de sedas y de suntuosidad. Los Reyes antiguos portugueses, como tenían un reino pequeñito, lo echaban todo en lujo, para hacerse ilusiones. Si no temiera ofender á las egregias majestades fenecidas, musitaría tímidamente que las tales carrozas tienen un vago y evidente sabor á esnobismo.

¡En cambio...! En cambio, allí, rota, decrépita, desvencijada, corroída por el tiempo, ultrajada por la humedad y los ratones, como un preclaro, estupendo pergamino, está la carroza que trajo Felipe II cuando llegó triunfante á Lisboa con el duque de Alba.

—Esta es la carroza del Rey intruso—me dice un poco arisco el ujier.

Yo la miro, y la emoción, una bárbara emoción, se apodera de mi espíritu. Es Castilla. Negra, sobria, elegante, sin más coloración que un rojo claro, uniforme y sucinto, llena de hierros proyectos, que se erizan como lanzas, con unos postigos iguales, absolutamente iguales á los que tiene la celda austera de Felipe II en El Escorial...

Si vierais qué contraste el de la carroza castellana, tan maciza, tan fuerte, tan sobria, tan armdda]ga, llena de hierro y de recato, mística y guerrera, con las carrozas lusitanas débiles, enfermizas, preciosas, demasiado bien hechas! Si vierais cómo esa carroza fabricada en San Lorenzo, frente á los pardos montes, dice, aun sin etiqueta,

que llegó vencedora! ¡Si vierais cómo guarda todavía su gesto lleno de altanería y de fortaleza! ¡Si vierais qué noblemente español se siente uno ante la vieja Castilla que dejó por doquier la huella de su zarpa!

En esta carroza, lector, llegó desde Madrid un rey de su tiempo, cuyos extravíos no tenemos hoy, mas cuya entereza, cuya sobriedad, cuya gallarda, intensa elegancia, debemos guardar siempre. En esta carroza, sencilla, modesta, hierro y celosías, orgullo y abolengo, llegó desde Madrid un gran Monarca español. Yo la he saludado con un respeto reverente, atónito. Lector, si no queremos ver morir á España, conviene que esa vieja y augusta carroza, remozada por modernas manos, pero en su esencia la de ayer, torne, sobria, elegante, fuerte, á rodar...

CINTRA Y CASCAES

He querido visitar estas dos residencias dinásticas.

Eça de Queiroz me ha engañado un poco. Eça de Queiroz, así que tenía un poco enamorados á unos personajes novelescos, los llevaba á Cintra, al paraíso, con objeto de enamorarlos más.

Pues bien: yo he ido á Cintra, y Cupido me ha visto pasar y ha guardado sus flechas para ocasión más oportuna. Cintra, fuera del palacio

real, es un sitio agradable; pero si el cielo no fuera mejor, sería cosa de pecar muchas veces. Una llanura, verdor de vez en vez, unos pinos, la atmósfera espesa, blancuzca, que oprime. Eça de Queiroz fué poeta y lusitano. Eso es todo.

En cambio, el palacio real, aparte su arquitectura sin estilo, entre moruna y románica, caprichosa, como la mansión de un corredor de comercio adinerado, es admirable. Parece un nido genial de águilas. Es digno de albergar á un dominador. Desde la cúpula, sobre un balcón de hierro, se ve medio Portugal. Mafra, Cascaes, la desembocadura del Tajo, las rubias playas, la llanura entre amarilla y verde, el mar infinito, por donde, insignificante, minúsculo, cabecea un enorme transatlántico... El aire, la quintaesencia del aire, aire bravío, impoluto, saturado sólo por el yodo marino y la resina de los pinares, tiene una fragancia exquisita. Desde allí, á millares de codos sobre la humanidad, culminando sobre el mar, la tierra, los bosques, las llanadas, los ríos, las mieses, los ganados, se concibe la gloria de un monarca pastor, guerrero y sacerdote. Es imposible que Guerra Junqueiro, el gran poeta républicano, haya venido al palacio de Cintra, sin comprender, augusto, el realengo, lo cesáreo, lo imperante.

He recorrido luego el palacio extinto. Como en las Necesidades, he visto flotar á la dinastía rota. Aún hay sobre un velador algunas revistas

inglesas, francesas, españolas, que la reina Doña Amelia leía, repasaba, curioseaba tal vez frívolamente, mientras una azafata vieja se dormía sobre un canapé... La sala de billar, el estrado, conservan aún el eco de las risas, de las voces reales. Yo, aunque nada me va ni me viene con estos reyes de Portugal, sí, ¡me ponen un tanto melancólico!

Vamos tristes el conserje y yo... El conserje es un lacayo antiguo. Huele á librea encarnada, á empolvada peluca, á zapatos de charol con fíbulas de plata, á medias rojas. De todo esto, que amó, que le hizo dichoso, ha sido despojado. Sólo le quedan sus patillas blancas, su bigote rasurado, su gesto palaciego, ingenua y bellamente servil. Yo me le quedo mirando súbitamente. Nos hallamos ante una mecedora de mimbre, regalada á la Reina por los jardineros de palacio, y que tiene, urdida con juncos, una dedicatoria cándida. Sus ojos, al mirar esta mecedora, se han humedecido.

—¡Vaya!—le digo yo tocándole un hombro campechanamente.—¡Usted es monárquico!

El conserje se estremece, como un criado humilde y cobarde en tiempos del terror.

—No... Yo no...

—¿Ridiculeces? Yo soy también monárquico, pero extranjero.

Y entonces el viejo servidor, sin arredro, confiándose, lloriquea:

—Sí... Y conmigo todos, todos, todos...

—¿Quiénes son todos?

—Los de Cintra... ¡Todos! ¡Si era más buena la pobrecita, más buena...!

Como á mí se me antoja un poco estúpido llorar por una Reina que no me pertenece, callo. Después le doy un duro al viejo. ¡Bah, y aún me quedé tacaño, pardiez! ¡Pocas veces las almas sencillas, las almas diáfanas, las almas inocentes se le muestran á uno tan bellas como supo mostrase ante mi emoción el alma de aqueste viejo lacayo, que llora en Cintra la triste ausencia de una Soberana!

Luego, en un coche, á Cascaes.

Cascaes ha sido el Biarritz portugués cuando la Corte lo poblaba con su estruendo. Ahora es un páramo. Sólo me tropecé con un vehículo endiablado, feo y lúgubre, donde iba, tapada con un tupido velo morado, una huérfana á quien su padre se le acababa de morir. A diestra y á siniestra, campos incultos, fincas abandonadas, palacetes mudos.

—¿Por qué tanto abandono?—le digo al cochero.

—Los amos se han ido—me responde.

—¿A España?

—Sí, y á Francia, y á Inglaterra, á la emigración. En Portugal no pueden vivir ahora los ricos ni los nobles.

—¿Por qué?

—Porque se les persigue.

—No digas eso en público. Mira que van á cambiar el uso de tu fusta.

El cochero palidece un poco.

—¿Usted?

—Los otros... Yo soy español.

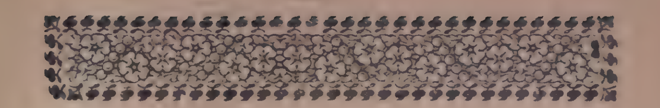
La faz del auriga vuelve á colorearse.

—Ya lo sabía... Por eso hablé así... ¡que si no, me perdía...!

Recorro el Cascaes republicano, acursilado y mezquino, y tomó el tren, regresando á Lisboa. El Tajo... Poco movimiento de flota. En una ensenada cierto anciano crucero portugués, con la bandera roja y verde, estos colores tan chillones, tan poco interesantes... Sobre todo, ese verde, hambrón, glotón, ¡uf...! Por fin, tras divisar muchos hoteles y villas abandonadas, Lisboa.

¡Lisboa! Al retornar, no sé por qué, me pareció algo triste, menos animada, como si un gran secreto espantoso, palideciera en todos los semblantes.

Lisboa, Agosto, 1912.



EN EL TREN, EN LA UNIVERSIDAD Y EN LA PLAYA

ME VOY DE LISBOA

La capital de Lusitania tiene ya pocos secretos que decirme. He querido visitar á Don Alfonso Costa, el verdadero caudillo de la revolución, el que la trajo y el que la sostiene, el autor de cierto proyecto de ley maravilloso, inquisitorial, mucho más retrógado que todas las hogueras de Torquemada, por el que á título de represalias veríanse desposeídos de sus bienes los emigrados los enemigos de la República. Afortunadamente, la diplomacia europea le puso el veto á semejante auto de fe que se pretendía realizar en pleno siglo XX y á título de gentil democracia. He querido ver á Don Alfonso Costa, repito, mas el gran demócrata estaba de viaje. Esto me ha impedido conocer al hombre más enérgico, más talentudo que ha dado á Portugal la greguería republicana.

Ya, pues, ¿qué hacer aquí? Lisboa, tras de su careta, está un poco muda. Los rostros, influídos por el miedo, no se dejan traslucir, no se dejan avizorar. Conviene cambiar de ambiente, marcharse...

Así, esta mañana, he liado mis bártulos y he subido en la estación del Rocío á un tren que me conduce á Coimbra.

Pero antes de abandonar á Lisboa será preciso no dejar en el tintero algo de interés.

NUESTRO MINISTRO

Un periódico ha publicado cierto despacho madrileño en el que se daba como segura la substitución de nuestro ministro en Lisboa por Don Manuel Portela Valladares.

Yo me indigné un poco. Sin embargo, por una vez, las noticias nefastas no se han confirmado. Villalobar continuará teniendo nuestra representación. ¡Albricias!

Y no es que yo suponga en Don Manuel Portela Valladares á un mal diplomático. El Señor Portela es inteligente, penetrante, sagaz, hombre que no se granjea por el pronto muchas antipatías. Su criterio político es el de transigir, el de abandonar la vida á su curso, evitando en lo posible algunos escollos. Dado un momento crítico, extraordinario, en el que hiciera falta en Lisboa

una sonrisa, un apretón de manos y una palmada en el hombro, el Señor Portela daría frutos ubérrimos en la capital de Lusitania.

Pero hay una razón que se opone al Señor Portela. Y es que los carbonarios portugueses y la parte dañada, podrida de la colonia española, no pueden ver á Villalobar. Estos querrían que nuestro embajador, haciéndole bis á Don Rodrigo Soriano, bailara como un oso lamentable ante la bandera roja y verde; que España tuviera en Portugal á un aliado, á un cómplice de la demagogia. Villalobar, no. Villalobar, respetuoso con la forma de Gobierno, sabiendo guardar hasta el atildamiento la cortesía y la circunspección diplomáticas, no se ha entregado, no ha entonado la Marsellesa, ha impedido que unos cuantos gallegos de aquí, esta colonia que no hace honor á su tierra, á la sana y fuerte Galicia, vociferasen dando vivas á la República y mueras al Gobierno español. Villalobar es un diplomático: pero es también un hombre de grandes enterezas. Recientemente, y en medio de una gárrula manifestación, se presentó en su automóvil, conteniendo con su presencia á las masas, arriesgando tal vez la vida... Por eso, por ser una energía respetuosa, pero, al fin, energía, Don Rodrigo Soriano, su compatriota, lo insultó ante un periodista lisbonense, aludiendo á defectos físicos tan respetables como ser chato, y que, además, no impiden tener inteligencia y ser hombre. Por eso también,

cuando supieron la falsa noticia del relevo, los carbonarios batieron palmas.

No; es imposible substituir á Villalobar. Sería una prueba de miedo y de cansancio. Don Manuel Portela, hombre de clara inteligencia, pero ausente de algunas condiciones precisas en este momento. está muy bien en Barcelona...

LOS FRAILES BRITÁNICOS

—¿Han expulsado de Portugal á todos los frailes?—pregunto.

—Sí... Pero los frailes ingleses continúan, bajo el amparo de su bandera, viviendo en Portugal—me responden.

Inglaterra, cuando supo que los republicanos hacían mangas y capirotes con el clero y con las Ordenes monásticas, echándolos del territorio portugués, y desde cuya medida el pan está regalado en Lisboa, el problema obrero tuvo admirable solución, Jauja triunfa en las calles y en los campos, dió un grito:

—¡Eh, hagan ustedes lo que se les antoje...! ¡Mátense...! ¡Pero á mis curas, á mis religiosos, cuidado con tocarles al pelo de la ropa!

Ya ves, lector. Inglaterra, el pueblo más libre del mundo, ¡y monárquico!, dando lecciones á este país que vive. ¡al cabo! en plena democracia, abolida la tiranía monstruosa...

Y además, ¿merece la pena hacer una revolución, y llegar al Gobierno, para tener que aguantar pacientemente el gesto erguido y glacial de la Gran Bretaña?

NUESTRO ARTÍCULO

"O Mundo" traduce y publica nuestro primer artículo acerca de Portugal. A mí, esto me ha encantado. Significa que al periodista independiente, representante aquí de un diario imparcial, van á tratarlo sin prejuicios...

¿Sin prejuicios? ¡Oh, la carne es flaca, aun la de republicano! Por de pronto, dice que A B C no ha perdido jamás la ocasión de serle adverso á la República portuguesa, lo cual, aun en el caso de ser exacto, no supondría malquerencia, sino sinceridad. Y luego, en cuanto se desliza en mi crónica un párrafo, un vocablo siquiera de vaga ironía, ó de rudo españolismo, la censura democrática me lo tacha desapiadadamente. La lechuga que arrojó sobre Don Rodrigo Soriano una menina portuguesa se ha trocado en gentil ramo de flores. Aquellos besos de pasión que el castellano Tajo le daba á Portugal, metiéndose, risueño, en en la frontera, desaparecieron... Pero, en fin, han publicado esa crónica, que por estar escrita entre republicanos hablaba de ellos con mi pluma.

¿Las demás? Ya lo verán ustedes. Como tam-

bién he querido que hablen los monárquicos, ¡van á ponerme bueno...! ¡Las cosas que nos van á decir! Y eso que todavía no ha llegado el momento de hacer el artículo acendrado, resumen y producto de unas impresiones volanderas, pero que van dejando en el espíritu los posos de la razón, de la experiencia y de la verdad.

DICE LA CULTURA

Pero tornemos á nuestro viaje.

Llego á Coimbra.

Coimbra es una Compostela en chiquito, menos interesante, como viejo museo arquitectónico, pero muy parecida. Casas heráldicas, calles tortuosas, silencio, austeridad, mujerucas descalzas que llevan enormes panes morenos; unos hombres pacíficos y orondos, en el zaguán de sus portales, dejando que la vida corra; estudiantes con la testa descubierta, unas levitas eclesiásticas y la negra capa sobre los hombros, en una guisa romántica y bella; muchas tiendas en que se venden guitarras y violas, y en las cuales el fado, la gentil tonadilla portuguesa, anida, guarda su cobijo. El Mondego, río de leyenda, le da un abrazo de plata á Coimbra.

Ahora bien, ¿qué haría yo en esta ciudad clásica, universitaria, sino ver al rector?

Trepo en un tranvía hasta los dinteles del tem-

plo académico, cruzo la puerta, una puerta mohosa, antigua, en cuyas grietas asoma el jaramago y el líquen su prestigio arcaico, y me detengo ante un bedel.

—¿Está el señor rector?

—Está.

—¿Cómo se llama?

—Se llama el doctor Mendes de Remedius.

—¿Lo podré ver?

—Creo que sí.

—Haga el favor de pasarle mi tarjeta.

Subo con el bedel hasta un claustro alegre que adorna un friso de azulejos clásicos, y que baña la viva luz de tres amplios ventanales. A poco, el bedel me acompaña al través de algunas habitaciones sombrías hasta el señor rector.

Estoy en su despacho. Grandes anaquelerías atestadas de libros enormes donde yace la vieja cultura de Portugal, una mesa zafia, y tras ella un hombre joven, rasurado, de aire inteligente, que me avizora al través de sus gafas.

Nos sentamos y nos ponemos á charlar...

El Señor Mendes de Remedius, ¡al fin!, es lo que yo necesitaba. Hasta este hombre culto, independiente, no me había tropezado con el Portugal valeroso, capaz de propalar su opinión libremente. Aquí, en este rincón del recato y del estudio, lo hallé. El doctor Mendes, la primera figura universitaria de Portugal, ha sido explícito. Lo que me ha dicho es lo más interesante, lo más elocuen-

te que oí desde que piso tierras lusitanas.

—Dígame usted, ¿qué ha hecho la República en el aspecto cultural? ¿Ha sido beneficiosa? ¿Ha sido infausta?

—La República no ha hecho más que deshacer la enseñanza en nuestro pueblo. Le podría contar horrores, y habría para estar hablando un siglo.

—No tengo prisa. Además, la palabra de un catedrático enseña siempre. Dígame. Le oigo encantado.

Y entonces, el Señor Mendes da rienda suelta á sus opiniones:

—Verá usted. Lo primero que han hecho los republicanos, es crear otras dos Universidades innecesarias, absurdas, en Lisboa, en Oporto. ¡Ya ve usted! De Lisboa á Coimbra hay apenas dos horas de viaje... ¿Para qué recargar el presupuesto con ese aumento de gastos imprecisos? Y luego, eso equivale al asesinato de Coimbra, de la vetusta y noble Coimbra, madre de la cultura portuguesa. Estos republicanos sienten por la historia un gran desprecio.

—Sí, consideran que lo primero es destruir. Y luego, como son incapaces de crear, sólo dejan ruinas.

—Exacto. Pero le seguiré diciendo. Han suprimido la Facultad de Teología. Yo no creo que la Teología sea necesaria en la vida moderna, sea indispensable en estos instantes de aviación y radiografía. Pero, ¿dejará de suponer cultura? To-

do estudio es bueno, conveniente; hace penetrar en el espíritu ideas nuevas, lo prepara, lo dispone para mayores empresas. Y luego, la Teología, aun en plena vida contemporánea, es un hermoso recuerdo histórico que no hace falta suprimir. Según ese criterio, podríamos acabar con el latín, con el griego, con el sánscrito... ¿Para qué estudiar esos muertos idiomas? Francés, parisién, mejor dicho, y nada más... Crea usted, los republicanos carecen de toda noción reciamente cultural. Suponen que la cultura no es más que haber leído cuatro libros modernos, ¡como si esos mismos libros modernos estuviesen separados de los antiguos, como si no fueran un paso más, una evolución más en la marcha progresiva de la ciencia desde el primer hombre...!

—Sí, esa gente quiere dejar el tejado echando abajo los cimientos. Verá usted cómo se quedan sin casa, á la intemperie.

—¿Y el plan de enseñanza? Eso es una locura. Llevando su liberalismo hasta la ridiculez, han suprimido las faltas de asistencia á clase. Ayer, el escolar que faltaba á su aula cuatro veces, sin causa justificada, era relegado. A las diez faltas perdía el derecho á examinarse. Y claro, ante la perspectiva de no acabar jamás la carrera, entraban en clase, estudiaban y, al menos, oían al profesor. Hoy, los republicanos, convencidos de que la libertad es respetable, abolieron esas faltas y esos correctivos.

—Y el resultado...

—¡Lógico! Asisten á clase media docena, los que poseen inclinación, los que á pesar de la República tienen ganas de instruirse. Los otros... Mire usted, hay ahora matriculados en Coimbra más de mil estudiantes. Pues bien, apenas si habrá doscientos que vivan aquí. Los demás se pasan el año en Lisboa, en Oporto, haciendo todo menos estudiar. La disciplina está rota; el amor al aula, la íntima relación entre alumnos y catedráticos, está muerta. Crea usted, el nivel intelectual de mi país, si esto continuara, habría, dentro de algunos años, descendido notablemente. Es lógico. Ayer estudiaban algunos y oían todos. Hoy, estudian menos, y ninguno escucha.

El doctor Mendes de Remedius habla fríamente, razonadamente, sin arrebato, sin miedo.

—¿Es usted clerical? ¿Es usted monárquico?

—Ni lo uno ni lo otro. Yo soy sencillamente un catedrático. Yo, si la República hubiera mejorado la enseñanza, sería republicano hasta la medula. Pero no. Esos hombres que nos gobiernan hoy son unas inteligencias mediocres, excitados por un afán insensato de reforma.

—Me huelga oirle á usted hablar así. En Portugal hay miedo á expandir las opiniones.

—Sí; pero yo no temo á nadie. Yo soy un maestro sin bandería, que tiene derecho á razonar.

—Dígame, doctor, la clase estudiantil, ¿cómo acogió el cambio de régimen?

—Llena de alborozo. La gente joven es amiga de todo lo que sea chillar. Y luego, aún no están desprestigiadas por completo esas palabras hoy vacías, que hace años tenían sonido preclaro. República, libertad, democracia... Aún hay ilusos imaginativos que suponen incompatible la Monarquía con la libertad y la democracia... Pero ellos mismos, los estudiantes, están ahora como apesadumbrados. Va desapareciendo el vínculo que los mantuvo unidos, se acaban las levitas, las capas y el andar sin sombrero. Coimbra ya no tiene unión, ni júbilo, ni aquel tan simpático y tan alegre carácter de ciudad universitaria. Ahora, los escépticos van ataviados como cualquier mortal, sin capa ni levita. Y esto, créalo usted, amortigua el amor á la vida estudiantil, aventa esos pequeños conjuros que aman los pueblos, y que Inglaterra, liberal y tradicionalista, conserva, cuida, respeta concienzudamente, ¡por talento!

Aún estoy hablando un rato más con este amable, culto profesor. Al despedirme le doy la mano como á un antiguo amigo, lleno de admiración y de gratitud. Es la cultura y es la independencia quien habló por sus labios. Al salir, hallo triste, vulgar, á Coimbra. Algunos jovenzuelos, sin levita, sin capa, van y vienen distraídos por las calles.

Portugal, el viejo, sano y culto Portugal, sucumbe...

FIGUEIRA DA FOZ

Luis Taboada no fué justo con Figueira da Foz. A mí me gustan mucho las playas cursis. Además, Figueira no es cursi del todo. Figueira es agradable, fina, limpia, alegre, comunicativa y barata.

Veranean aquí muchas familias estellanas y algunas extremeñas, para quienes esta playa portuguesa es la playa española más cercana y más fácil. También veranean lusitanos. Lo cursi no existe casi en Figueira da Foz.

Se le ha dado un valor demasiado amplio á la palabra cursi. ¿Es cursi la sencillez, la modestia, la jovialidad? Aquí se anda con una gorrita, sin chaleco, pinchando el suelo de las calles con unos bastones amables y burdos. Aquí se toma el fresco en los zaguanes, libremente, sosegadamente. Aquí hay pocos melindres, una dulce campechanía, un buen llevar alpargatas, una sonrisa para todo, y una viva unión en esta colonia de familias españolas que no se sienten ni más allá ni más acá de lo extraordinario.

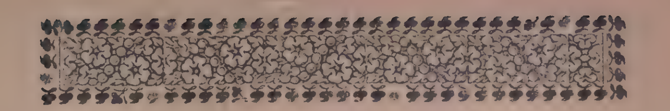
Lo cursi es otra cosa. Lo cursi es pasarse la vida pendiente de uno mismo para que le supongan elegante, inteligente, original. Lo cursi es el refinamiento de los advenedizos. Lo cursi es el traje de Paquin llevado por una señoritinga que no hace treinta años estuvo expuesta á remover aljofifas. El hombre y la mujer de valía, lujosos,

no son cursis. El hombre y la mujer sencillos, aderezados vulgarmente, tampoco. Yo creo que andar con una gorrita, sin chaleco, en alpargatas, pinchando los adoquines con un bastón amable y burdo, no es cursi. Más lo es una corbata de ocho duros cuando el que se la pone no sabe lo que lleva...

Figueira da Foz es un encanto. Callecitas pulcras, alegres, donde ríen las damiselas y donde los papás juegan, bajo los toldos, al tresillo; unos casinos admirables, que os abrazan en la puerta, comunicativos y joviales, donde un buen sexteto sin pretensiones os conduce, con el "Ven y ven", á Madrid, y donde, ¡qué diablo!, para matar las horas hay unas migajas de ruleta en la que dejáis vuestros orondos seis mil reis; unos tenderos portugueses que sonríen mucho para venderos más y cobraros todo lo posible; una gran playa tersa, de arena apretada y finísima, que hace una curva, todo delicadeza, y que remata en dos cabos agrestes; un mar que se acerca sollozando y que rompe sus olas después, estallando como carcajadas...

Yo no encuentro cursi á Figueira da Foz. Yo creo que Taboada fué un poco exagerado. Yo aseguro que esta sencilla y simpática gente, feliz en Figuiera da Foz, es una selección de familias discretas, que aprendieron á despreciar las vanidades humanas, y que tienen de la vida un concepto fuerte, sencillo, epicúreo, razonado, sutil...

Figueira da Foz, Agosto, 1912.



BAJO EL TERROR

PREÁMBULO

Yo podría tener un éxito enorme quebrantando mi palabra de honor. Desde ahora renuncio. Tú, lector, aplaudirás este pequeño gesto mío. Cuando terminó la entrevista que voy á relataros, un hombre insigne me dijo, como arrepentido, como contristado por haber sido tan explícito, tan noble:

—Si dijera usted que yo le referí todas estas cosas, me costaría, por lo menos, el pan, el pan de mis hijos, de mis pequeñuelos. Tal vez me costara la vida. ¿Confío en su hidalguía española?

Comprenderás, lector, mi prudencia. Renuncio, renuncio al éxito. En mi caso, cualquier hombre digno haría igual. Así, pues, sean estas cuartillas el sepulcro de un nombre glorioso en tierras portuguesas.

Mas tú dirás, lector: ¿Va ese hombre á callárselo todo? No merecía la pena tal recato un prólogo tan rimbombante.

Yo no voy á callarme nada. Voy á referirlo todo como lo escuché. Sólo he de callar el nombre de quien tales cosas me ha dicho.

El nombre, y no es poco. ¡Se trata de una persona tan calificada en Portugal, tan llena de prestigio...! Y luego, estos republicanos de aquí, y aquellos de allá, comentarán mi artículo afirmando que dí mi espíritu á la fantasía, que todo esto no pasa de ser un ardid, una estratagema.

Pero, ¿qué hacer? Yo te juro, lector, por la sagrada memoria de mi madre, que voy á decirte la verdad, entera, escueta, absolutamente la verdad.

Sea bastante, lector, que asegure:

—Estas palabras son de un republicano portugués insigne...

CÓMO VINO LA REPÚBLICA

—En primer término, la República se impuso en Portugal aprovechando un momento de cobardía, cobardía que aún perdura. Del Rey abajo, todos tenían miedo. Don Manuel es un muchacho excelente; pero carece de valor personal, de ardimiento. No es capaz de inspirar amores ni entusiasmos.

—Nada tiene de particular. ¡Llegó á un trono ensangrentado, entre la tragedia! Su pusilanimidad tiene esta gran exculpación.

—Yo no intento agraviar al Monarca. Yo comprendo su flaqueza, aquella huída... No hacía mucho tiempo que vió morir en las calles de Lisboa á su padre y á su hermano mayor. Yo sólo trato de reflejar con toda exactitud los hechos. Bien. El Rey sentía pavor. Este pavor era unánime entre la gente palatina y noble. Por lo demás, las clases conservadoras, frías, egoístas, mudas, inermes, carecientes de todo espíritu combativo, no eran un arma... Portugal atravesaba por un instante de miedo, instante que aprovecharon los revolucionarios para establecer la república..., república que no costó apenas diez vidas, república impuesta sorprendiendo á Portugal, sobrecogiendo á los elementos monárquicos, que tenían grabada en la memoria la sangre de aquel doble regicidio...

—Bien; ¿y Portugal recibió con alborozo la nueva forma de Gobierno?

—Ciertamente. La política monárquica, no por cruel, que la leyenda de Juan Franco es muy exagerada, sino por mala administradora, tenía escaso crédito en el país. Así, al advenir la República, muchos corazones portugueses se alzaron... Era la posible redención, el aura nueva... Yo, republicano de siempre, creí llegado el momento glorioso. ¡Pero cuán equivocado estaba! Lo que gobierna hoy no es precisamente lo más escogido de la nación. Le diré á usted que todo esto ha sido un engaño, un miserable engaño.

Yo escucho lleno de interés creciente las confesiones del eminente repúblico. El, habla lento, seguro, sentando sus razonamientos con parsimonia, construyendo su discurso de una manera solemne...

LO QUE HA HECHO LA REPÚBLICA

—Con el desbarajuste de los primeros instantes formóse un Gobierno incongruente, cuyos miembros se han ido relevando según la voluntad de las logias masónicas y de las asociaciones carbonarias, verdaderas dueñas del país. Este Gobierno comenzó bien pronto á defraudarnos. En primer término es un Gobierno que no ha consultado nunca la voluntad nacional. A poco fingió convocar unas elecciones, que se hicieron en el ministerio de la Gobernación, sin escrúpulo, en forma de inmenso pucherazo. Tuvo acta quien deseó el Gobierno. Diputados y senadores, divididos por edades, arbitrariamente, acogieron este reparto de papeles en la gran comedia. Estas han sido las primeras y las únicas Cortes republicanas representantes de un caciquismo tremendo...

—Sí; pero estas Cortes acabarán pronto, y el pueblo emitirá por fin, su opinión...

—Imposible. Se ha dado un caso inaudito. Los amañadores del Parlamento, para consolidar su engendro execrable, tomaron un acuerdo insólito. Las Cortes regirán por lo menos hasta 1915, sien-

do imposible disolverlas ni por el presidente de la República, ¡ni por ellas mismas, si así lo desearan!

—Se ve que no querían soltar la presa...

—¡Qué habían de soltar! Pero es el caso que ya consolidado el Poder público, estos republicanos triunfantes diéronse á la bacanal más estupenda. Todas sus leyes han ido encaminadas á un fin radical, demagógico, inicuo. Separación de la Iglesia del Estado; es decir, opresión del Estado contra la Iglesia, pues los republicanos desposeyeron á los sacerdotes, ¡hasta de sus casas propias, construídas á sus expensas ó con dinero particular de los feligreses!, estando todos los obispos desterrados de sus diócesis por haberse negado á aprobar tamaño desafuero... El divorcio, para el que Portugal no estaba preparado, y que ha traído inmoralidades y ridiculeces. Recientemente se ha separado un individuo de su mujer, hermana de Paiva Couceiro, sin otro motivo que su parentesco. ¡La hermana de un traidor...! En fin, y así sucesivamente. Ni una sola ley racional, útil, encaminada al bien público, á la administración, á la economía nacional. Y así ha venido el fracaso de toda empresa productora, y el descontento de la opinión sensata...

—¿Pero hay opinión sensata?

—¡Claro está! Una opinón que tal vez deseaba la República; pero no una República impulsiva, siniestra, personalísima, de unos cuantos que ejer-

cen verdadera dictadura, que huele á logia, á conciliábulo, á gabinete secreto.

—Entonces, la reacción en Portugal contra esas insensateces, y, sobre todo, contra ese desbarajuste que lo arrastra hacia la ruina, es evidente, clara...

—¿Evidente? En Portugal ya no es evidente nada. Aquí no puede usted hablar siquiera en la calle, en el café contra nada... No existe la libertad de opinión ni la de pensamiento. Paliza de carbonario ó cárcel de gobernador. Ya lo habrá usted observado. Nadie quiere ocuparse de asuntos políticos. Un gran silencio, triste silencio de opresión cunde por el país. Se teme el acecho, la violación repentina, el atentado súbito.

Á MANO ARMADA

—Para demostrarle á usted esto, le citaré varios casos interesantes. Uno de ellos le ocurrió á Don Antonio Caro, viejo republicano de la antigua cepa, que estuvo emigrado en España cuando se realizó la fracasada intentona del 31 de Enero de 1891... Pues, Don Antonio Caro, como tantos republicanos de corazón, empezó á criticar al Gobierno en su periódico "Diario de Oporto", razonablemente... Un día, las turbas carbonarias, sin respetar edad ni prestigios, entraron en su casa, la asolaron. Su mujer, que yacía enferma, huyó

despavorida; en la persecución cayóse al suelo y se rompió los dientes y se magulló la cara. Después abortó...

—¿Pero esto lo han consentido las autoridades?

—Naturalmente. La Policía llega siempre en estos casos cuando ha ocurrido todo. Y luego, nadie. nadie es conducido á la cárcel por estos crímenes.

—¿Qué más casos recuerda usted?

—Innumerables. "Jornal das Noticias", de Oporto, ha sido también invadido. Y lo fué "El Diario Ilustrado", "La Palabra". El Círculo Católico de Braga fué incendiado y reducido á cenizas sin que nadie haya removido el asunto. "El Correo de la Mañana", "El Liberal", casi todos ellos republicanos, aunque moderados, prudentes, se han visto en trances parecidos. "O Día"...

—¡"O Día"! Me interesa la historia de ese periódico. Era un valiente defensor de los monárquicos, el último esforzado paladín. ¿Qué ocurrió?

—¡Ah, eso de "O Día" es enorme. Oiga usted...

LA DESAPARICIÓN DE "O DIA"

—"O Día" ha desaparecido por dos causas. La primera porque era el único periódico de Portugal que se atrevía á hacer contra el Gobierno una campaña fuerte, enérgica. Y aquí no está permitido eso. Créame usted, la ley contra la Prensa, dic-

tada por Juan Franco, y que originó el regicidio, era de una libertad magnánima frente á la que acaba de dictar el Poder republicano... ¿El derecho á opinar? ¿La libertad de imprenta? Todo eso es un mito.

—Bueno; pero vayamos á la segunda causa.

—¿La segunda? Verá usted. "O Mundo" es el periódico vencedor, el que trajo la República y el que se ha repartido el botín. Pues bien, "O Mundo" veía un rival terrible en "O Día".

—¿Sí?

—Claro está. Mientras "O Mundo" estuvo en la oposición, tuvo el favor del público. Su tirada era entonces importante. En cambio, "O Día" no pasaba de los siete mil... Pero luego se volvieron las tornas. "O Mundo", desautorizado en la opinión independiente, en la verdadera opinión, dejó de vederse. En cambio, las valientes campañas de "O Día" le dieron un auge amenazador. Ultimamente tiraba "O Día", sólo para Lisboa, treinta mil ejemplares. ¿Comprende usted? Era la ruina de "O Mundo". Y como tenía y tiene la sartén por el mango, decidió acabar con el enemigo.

—Pero todo esto es horrible... Pero esto es peor que los "dux"...

—¡Ah! Si estuviera usted mucho tiempo en Portugal sorprendería hechos nefandos, tétricos.

Yo me quedo sobrecogido al oir tales cosas. Me parece increíble tanta ignominia. ¡Y, sin embar-

go, es tan humano todo esto! ¡Y me lo dice persona tan autorizada, tan autorizada!

MÁS DE LA TIRANÍA

El insigne interlocutor prosigue:

—Como la situación se resquebraja, como el navío hace agua por todas partes, el Gobierno se apresura á tapar unas y otras.

—¿Cómo?

—Haciendo uso de la tiranía más ciega. Le hablaré á usted de la ley llamada "Defensa de la República..." Es una copia exacta de la famosa ley del terror dada á Francia por Robespierre el año 22. Queda prohibido por ella hacer propaganda contra la forma de Gobierno ¡hasta en las cartas particulares! De modo que unos renglones íntimos, un sollozo epistolar, recatado, dirigido al padre, á la madre, es causa de nefando delito.

—¡Qué monstruosidad!

—¿Monstruosidad? ¡Si estamos empezando! Mire usted, á estos delincuentes propagandistas una disposición reciente hace que no les juzgue el Tribunal popular. El Jurado, esa institución tan democrática, ha sido abolido en este caso por la República. Los jueces de Derecho, inflexibles, son los únicos aptos para esta especie de criminales. Y ahora, asómbrese usted...

—¿Más?

—Asómbrese le digo. Con objeto de evitar que los jueces puedan sentirse benévolos, piadosos, se ha creado un Consejo de la Magistratura, omnipotente, que hace y deshace, y que el Gobierno puede nombrar á su antojo.

—¡Qué horror! ¡Qué horror! ¡Ni los Tribunales de Justicia! ¡La vida, la hacienda del ciudadano á merced de cualquier enemigo político! ¡Esto es bárbaro!

—Pues el referido Consejo va á tener en breve un hermano que haga y deshaga en toda cuestión administrativa. De manera que los empleados públicos, y no éstos, que al fin son insignificantes, sino los expedientes, los asuntos nacionales, el trámite de toda cuestión, el dinero del particular estará en manos, como usted dice, del enemigo político. Sí, sí, aquí se dan todas las leyes con una mira particular, contra Fulano, contra la entidad X, en Comité, tras un largo secreteo, sombría y perversamente. Aquí no hay un Estado constituído, ni respeto social, ni vida, ni hacienda segura. ¡Esta es la mayor ignominia que vieron los siglos!

Yo escucho exaltado, convulso, tales infamias. ¡Para esto se derrocan los tronos! ¡Para esto se engaña á las multitudes!

Hablo nerviosamente. Una criada penetra de improviso en la estancia donde nos hallamos. Mi hombre hace un ademán brusco.

—Por Dios, que nadie nos oiga... ¡Por Dios!

El gesto ha sido tan pusilánime que me irrita más.

—Pero ¿es posible vivir así? ¿Y esto lo consiente Portugal?

Cuando la doméstica se va por fin, el insigne republicano sigue diciendo...

LA MUERTE DE SOARES

—Para dar á usted una idea de los procedimientos carbonarios y del miedo que circula... ¿Sabe usted cómo fué asesinado Soares?

—No.

—Pues oiga. Soares, un oficial de la Marina, estuvo tachado de "talhasa".

—¿Talhasa? ¿Qué significa eso?

—Verá usted. En el manifiesto que le remitieron á Juan Franco sus admiradores del Brasil, se hallaba esta frase griega. Se oyó mucho por entonces, aplicada á los franquistas desdeñosamente. Ahora se les llama á todos los monárquicos, es decir, hasta á los republicanos de orden. Es el insulto mayor y el dictado más protervo. Al que le llamen "talhasa" dos veces seguidas, puede tener por segura una violencia próxima. Pero continúo el relato. Soares había sido tachado de "talhasa" y procesado, y puesto en libertad. Por mucho que se hizo no consiguieron ofrecer pruebas sus adversarios... Pues bien, una tarde, paseando en Lisboa

por la plaza del Rocío, acertó á pasar junto al café "La Brasileña", centro de carbonarios y olla donde se cuece toda brutalidad. Pasó, y al pasar, alguien le llamó "talhasa". Luego se lo llamaron varias voces. Después se hizo un tumulto en su redor. Por fin, creciendo la efervescencia popular, fué perseguido, acorralado, muerto.

—¿Y qué hicieron las autoridades?

—Aún se ignora quiénes le asesinaron.

—¿Y sus compañeros, sus colegas de armas, los que visten su mismo uniforme?

—Callados. Sí, callados. El Ejército y la Marina están en descomposición. En descomposición, no por su oficialidad honrada y caballerosa, muy afecta á la Monarquía, sino por las tropas, tropas indisciplinadas, carbonarias también. Le contaré á usted.

SITUACIÓN DE LA FUERZA PÚBLICA

—Como le digo, la tropa está absolutamente indisciplinada. El hervor ácrata prendió en los cuarteles. Los oficiales se sienten sin fuerza, sin autoridad, entre unos soldados hostiles y un Gobierno cómplice, incubado, nacido al calor del más brutal desbarajuste. Hasta el extremo llega el desánimo de los oficiales, que sólo se ponen el uniforme cuando tienen la más estricta obligación. Por la calle van siempre de paisano. Le te-

men á la insubordinación pública, á la que no pueden poner inmediato correctivo. Ahora le contaré á usted un hecho que pinta de mano maestra la indisciplina militar.

—Cuente, cuente...

—Como usted sabe, en presencia del jefe, los soldados no pueden fumar. Pues bien, el otro día estaba un soldado en el patio de su cuartel fumando con toda desenvoltura. Acertó á pasar por allí un capitán. Quiso tal vez hacerse el distraído; pero la desfachatez era tan grande, que se detuvo y le dijo al soldado lo más dulcemente posible: "¿No sabes que ante los oficiales no se puede fumar?" El soldado tiró el cigarrillo á regañadientes, y contestó: "¡Buen "talhasa" está usted hecho!"

—¿Y qué ocurrió después?

—Nada. El capitán tuvo que tomarlo á broma. Hubiera sido lo mismo si lo toma en serio. No, del Ejército espere usted poco. Está indisciplinado, no existe.

EL TERROR

—Entonces, ¿en Portugal se vive bajo el terror?

—Absolutamente. Los carbonarios, y un Gobierno sin fuerza que se lo debe todo, llevan al país camino del más absoluto desastre. Y luego, la opinión, temerosa, acobardada, se deja morir sin protesta...

—¿Es posible?

—Sí. Portugal, aunque á mí esto me repugne confesarlo, es un país tímido. Yo encuentro la razón de tal psicología colectiva en que mi patria no ha tenido guerras durante largos siglos. Desde Felipe IV, ni una. A lo sumo unas campañitas insignificantes en Africa, sufridas por soldados negros. Esto le ha hecho perder á Portugal su instinto belicoso. Vive del pasado, creyendo que el Rey Don Sebastián y Vasco de Gama alientan aún. Ahora creen que Paiva Couceiro va á ser el soñado gran caudillo...

—De modo...

—De modo que la situación es horrible. Las clases conservadoras, arredradas, poseídas por el temor. Las neutras, más intimidadas aún. Sólo se agita el populacho, no el pueblo, el populacho; esos diez mil ó veinte mil hombres sin oficio, gente maleante y viciosa, que hay en todas las ciudades de importancia. Y ese es el amo del país.

ENTONCES...

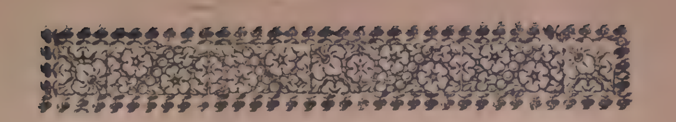
—Entonces, que ignoro cómo acabará todo esto. Los monárquicos están incapacitados para volver. Dejaron un rastro impuro. Los radicales, dueños de la nación, tampoco pueden continuar. Ellos mismos, en su locura, en su frenesí, se darán la muerte. Las clases de orden, enmudecidas

por un siniestro espanto colectivo, ó se van á Francia, al Brasil, á España, ó si permanecen aquí, callan atónitas. El Ejército, con unas tropas indisciplinadas, nada puede hacer. No veo, no veo la salida. Sólo veo que mi patria se hunde, fenece...

Hemos callado. La noche se ha echado encima. El silencio y las sombras, al enovlver la estancia, le dan un aspecto de redror y de muerte. Yo siento en mis entrañas la desolación inexorable de un país hermoso y querido. Me voy. En el zaguán, este hombre ilustre, lleno de pavor, asiéndose á mis manos, solloza:

—¡Por Dios, que no aparezca mi nombre! Confío en su hidalguía española. ¡Por Dios! ¡Es el pan de mis hijos! ¡Es mi propia vida!

Oporto, Agosto, 1912.



DE OPORTO Á LA FRONTERA

OTRA VEZ EL TERROR

Estoy en Oporto. Y de nuevo me ha sobrecogido esta gran sensación de miedo que abate á Portugal como una cruel atmósfera irrespirable. Alguien me ha dicho tras de una pausa y una mirada inquisitiva:

—Aquí hay mucho elemento monárquico. Gran parte de la ciudad estaba esperando con ansias vivas á Couceiro. Oporto se hunde bajo este régimen. ¿No ve usted? Las calles están mudas, algunas fábricas se han cerrado, del puerto huyó la fiebre mercantil... ¡Ah, pero nadie se le confiará seguramente! Se teme á la delación, á la violencia. Hoy mismo han sido llevados á la cárcel tres sospechosos. La llamada limpieza continúa. No se puede vivir. No se puede vivir.

Yo siento caer estas palabras sobre mi corazón,

amargas, terribles. Luego he recorrido la gran ciudad industriosa, esta Barcelona portuguesa, que yace, como sus hermanas, bajo el azote de la libertad...

VISIÓN DE OPORTO

En Oporto se advierte mejor que en Lisboa esta ruda impresión de tragedia. Lisboa, cosmopolita, un tanto ociosa, metrópoli al cabo, tendrá siempre un mohín de vivacidad. Y luego, allí están los vencedores, los que, como aquel admirable Botelho de Souza, pasaron de la nada á senador, por obra de los carbonarios. Oporto, ciudad luchadora, fabril, comercial, tiene descarnada y sin afeites la desgracia.

Parece abatirla el silencio. Sus calles, unas enormes calles, semejan las de un villorrio abandonado. Fuera de la plaza central, la de A Libertade, en la que aún se hallan convocados algunos cientos de viandantes, las demás son calles muertas, por las que pasa alguna chirriante carreta, con sus dos bueyes gallegos, rubios, chiquitos, de cornamenta ciclópea; algún coche sin alquilar, en cuyo pescante, ridículo, va un cochero con su enorme chistera abollada; algunas pobres gentes campesinas; algún ciudadano que parece huir despavorido, como víctima de un designio feroz.

Las tiendas, aquellas tiendas fastuosas, llenas de oro portugués, las clásicas tiendas donde las mujerucas mercan sus arracadas y sus collares de abalorios, tiene las puertas abiertas, y semejan bocas aburridas que bostezan.

No se ven damas ni señoritos en la ciudad. Yo no he visto una sola mujer bien ataviada. Yo no he visto uno solo de aquellos currutacos portugueses, tan enfatuados, que llevaban su chaquet, su monóculo y sus botines, y que tenían un aire tan lusitanamente "chic"... Sólo en el cinematógrafo, unas pobres cocotitas feas, de sombreros ajados, tez macilenta y gesto cansino, solas, abandonadas, sin corte, como si se movieran con un aire otoñal por el atrio de un cementerio.

He ido al famoso puente de Don Luis. Está encaramado sobre el Duero, y domina un panorama en que la hermosura puso un derroche.

El río, azul, anchuroso, serpea entre riscos abruptos, y entre casitas rojas, y muelles ayer abarrotados. Desde una altura colosal, chiquitos, menudos, se ven los barcos y los hombres, las carretas, las lanchas portuguesas, con sus proas levantadas y puntiagudas, á guisa de zuecos. Y, sin embargo, ni lo azul del río ni el encanto de toda esta vida industrial, que se mueve como una máquina fragorosa y tremenda, logran disipar el aire de abatimiento que todo lo posee... Y es que los hotelitos de la orilla están abandonados; es que sus jardines, desmorecidos, se ajan; es que

hay muchos barcos detenidos, anclados, que se van llenando de óxido y de muerte; es que sobre Oporto ha caído algo así como un gran anatema.

Al rematar el puente, una escena medioeval os intimida.

Son mendigos. El hombre, un hombre escuálido, desnuda la espalda, que corroe un tumor, está arrodillado. A su vera, una cieguecita, también de hinojos, asida al lazarillo, como buscando en aquel ser averiado su amparo único, conserva, mirando al cielo con sus ojos sin luz, un gesto místico y arcaico. A veces el hombre lanza un chillido angustioso y horrendo, y á veces la niña, una doncella que pudo ser trasladada á un coro episcopal por algún tallista siniestro, entona una salmodia llena de tristeza, pidiendo limosna.

Oporto ha decaído. Oporto languidece. Alguien ha tornado á decirme:

—Se fueron las gentes ricas. Se ha detenido el comercio, se acaba la industria.

Al volver á las calles transitadas he visto pregonar los periódicos. Todos, unánimes, vienen llenos de hipocresía y de cansancio, ó en disimulo trágico y bestial. Han vuelto á decirme:

—"O Jornal de Noticias", republicano, pero que se atrevió á zaherir un poco al Gobierno, fué asaltado por los carbonarios. ¿Lo ignora usted? Han tenido que blindar las puertas y han tenido que renunciar á escribir de política, mudos, viendo cómo se deshace el país...

Cuando he salido de Oporto me ha parecido escapar de un cautiverio.

VIANNA

Me voy á la frontera. ¿Para qué más ajetreo, si el Portugal republicano está visto? Tomo un billete para Valença do Miño, me acomodo en el vagón y veo cómo huyen los campos.

¡Los campos! ¡Infelices! ¿Qué ventaja le ha reportado al campo la transformación del régimen? Ahí están los labriegos, inclinados sobre la tierra, luchando, peleando eternamente, arrancándole á esta dura madre el fruto de sus entrañas egoístas. Ahí están, como siempre, agobiados por la tributación republicana, que no mitigó sus quebrantos: regando el terruño con el caudal de su pobre sudor. Ahí están; pero más tristes que nunca.

De nada les ha servido el triunfo de la demagogia. Luchan y pagan igual que ayer. Y, además, les han quitado al señor y al cura. El señor, el rico hacendado, tenía abierta su casa. Mírala qué ufana se yergue entre los pinos, con su hidalgo aspecto. Ayer, esta casa era un cobijo para los días sin pan, y era un dintel que amparaba toda miseria. Hoy, el amo, temeroso de la República, emigró. Y el pobre se ha quedado sin guarida. ¡Ves la iglesia rural, blanca, limpia, con la cruz en lo alto! También está muda y está sola. El

cura emigró también al Brasil, intimidado por la revolución. Y estas gentes sencillas, para quienes la religión era, sobre una esperanza, un dorado pretexto de sus vidas, no tienen ahora dónde ir á rezar, ni el atrio acogedor, en cuya cercanía tañe el gaitero su gaita de fiesta, y donde amor, un amor campesino y jocundo, bailaba, retozaba, requería dominante, llenaba el espíritu de sol y de ansias. ¡Pobres aldeanos, pobres! Os quitaron el amo y el cura, el pan y la ilusión. Y á cambio, sobre no daros un mendrugo, el fisco, implacable, os consterna.

Lector, yo he sentido, recorriendo esta campiña portuguesa, la sensación de los campos sin fe, la bárbara sensación de una humanidad hambrienta y descreída, que sabe que todo se acaba en la tierra, y que sabe que la tierra es huraña, miserable, con sus bocas abiertas para tragaros y pudriros.

Pero he llegado á Vianna do Castello. Y allí me dicen:

—Tiene usted que subir á otro convoy.

—¿Tardará mucho?

—Dos horas.

Estas dos horas las aprovecho en recorrer Vianna. Como es domingo, todo está cerrado. Callejuelas estáticas. De bruces sobre la barandilla de su balcón, una rapaza que se aburre. Mis pasos resuenan en el pavimento. Más allá, la ría plácida sonríe eternamente.

Aquí, en las ciudades chiquitas, se siente más inícuo el efecto del crimen republicano. En las ciudades grandes hay siempre demasiado estrépito para que percibáis la íntima tragedia de las cosas. En cambio, aquí todo es desolción.

Cuando Vianna era religosa, este buen domingo estival, será una gloria pura. ¿Os reiréis si os digo que me placen las procesiones, esas gentiles procesiones de los pueblos menudos? Un gran olor á flores, las mocitas al balcón, por las calles ruido, una cosa fuerte, de medula cristiana y pagana forma, que da una lazada de fortaleza al espíritu y alegra los ojos. ¿Os reiréis si os digo que amo las procesiones?

Hoy es ridículo hacer procesión. Además, no hay quien... ni con qué... Y así, esta gente, sin pretexto, hastiada, se aduele en la penumbra de un pueblo chico, sin fiesta, sin noble ingenuidad. Yo aún comprendo el descreímiento de los ricos, de Botelho de Souza. Pueden ahogar el tedio monstruoso de una vida sin esperanza, en buen vino. Pero ¿y aquí, en las casas míseras, donde la existencia es y será siempre descarnada, hórrida, macabra como un esqueleto?

FADO TRISTE

A media noche llego á Valença do Miño. Las sombras invaden á esta ciudad, enmurallada y te-

rrible, cuyo cañón fragoroso apunta hacia España, dejándola transida. Me dan un cuarto en el hotel, y como no tengo sueño, decido recorrer las avenidas al azar, bajo un reflejo de la luna, hoy menguada y roja.

—No, no salga usted. Valença está bajo la jurisdicción guerrera. A las nueve está mandado que se retire todo el mundo. Le pueden dar un tiro.

Como no es cosa de perecer á manos de un guardiña, tomado por algún paivante siniestro, decido quedarme en el hotel. Voy, vengo por el zaguán.

—¿Quiere usted que llame á los músicos?

—¿Qué músicos?

El fondista me señala unos bultos que se acurrucan en la cercana plazuela.

—Son unos músicos portugueses que andan por la nación.

—¡Trovadores! ¡Que vengan!

Son requeridos y llegan presurosos. Uno toca el arcodeón. Otro rasguea la viola. El primero es ciego. El segundo, un hombre rubio, de ojos azules, bañada. empatinada su faz por una sombra de melancolía y de cansancio, pudo ser juglar y adormecer antaño los tedios reales de algún palacio fastuoso.

Cerramos las puertas. se acomodan los músicos. Yo pido:

—¡Un **fado**!

Y el fado, luctuoso, lleno de melancolía, brota en el fondo del acordeón, se riza entre las cuerdas de la pobre viola.

El fado ha sido siempre una tonada jocunda y picante. A lo sumo, se arrebuja alguna vez bajo una túnica de sentimiento. Pero triste, desolado, no lo fué nunca.

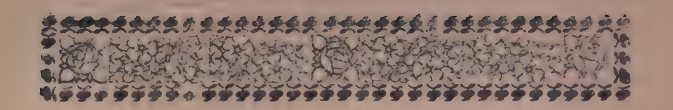
—A ver, un fado más alegre.

Y los troveros interrumpen el son, y preludian otro, más triste. ¡Si vierais qué profunda, qué inextinguible pena la del fado! Parece resumir entre sus notas populares toda la pena de Portugal. Parece haberse acabado su lozanía y su júbilo, saturándose de angustia y de muerte. Parece, como este blondo juglar, padecer un desencanto profundo. Parece vibrar entre su risa de ayer la vaga y terrible melancolía del sufrimiento.

—¿Qué tienes, fado?—le pregunto.

Y en medio de la noche, sintiendo á los centinelas, erectos sobre los adarves, bajo un rayo de luna que cuelga del cielo como una lágrima, el fado, este odioso fado tan mísero, tan triste, gime en las entrañas vacías del acordeón, llora entre las cuerdas de la andariega y cansada viola...

Valença do Miño, Agosto, 1912.



LA "COUCEIRADA"

VISTA EN VALENÇA

Por la mañana se desvanece toda impresión trágica. Yo, que me supuse vivir en plena fortaleza inexpugnable, vigilado por tétricos espías, junto á una muralla siniestra, me asomo al balcón y recobro mi color natural. Nada... Unas tapias vetustas en las que se irisa el musgo y que podría saltarse á la torera cualquier mono sabio, un soldado luso que ha dejado su fusil contra una almena y que, intrigado, más curioso para la naturaleza que para el guerrear, ve cómo huyen, con sus colas zigzagueantes y asustadas, las grises lagartijas.

En realidad, Valença do Miño no es Numancia. Al menos en su aspecto exterior. Allí, entre aquellas breñas y aquellas piedras hirsutas, no quedó la huella del estrago. No hay esa palpitación bárbara y genial por la que hablan los

grandes hechos belicosos. Cualquiera diría, juzgando frívolamente, que aquí no han derramado venas republicanas una gota de sangre.

Aun así, yo quiero saber la verdad, yo quiero asomarme á la gran hazaña couceirista. Para lograrlo, trepo un repechito, me cuelo por un arco, saludo á un centinela, y husmeo, expectante, la población.

No, no advierto las señales del suceso heroico. Unas tiendas pueblerinas, tras de cuyos mostradores unos hombres pacíficos venden ¿árnica?, no, telas y comestibles; una buena gente oronda que va y viene; un aire de pleno regocijo y de una ecuanimidad augusta, algo en lo que no alienta la hecatombe ni vibra lo sublime.

A un hombre, que transita le pregunto por el señor gobernador. Como es un hombre amable, me acompaña dando un gran rodeo por esta ciudadela en laberinto hasta el Casino principal. Allí me deposita en manos de un conserje. El conserje, sonriendo, me pregunta:

—¿Quiere usted hablar con el señor gobernador? Bueno, verá usted antes el Casino.

Veo el Casino, donde la ingenuidad yace y la polilla muerde; salgo por una puerta ignorada y me conducen á casa del gobernador. En el zaguán, mi hombre da un grito:

—¡Eh, Juana!

Juana, en chancletas, se asoma, culminando sobre veinte escalones.

—¿Qué desea?

—Ver al señor gobernador.

—Suba.

Subo y entro. En una sala está el caudillo de Valença.

Es un hombre alto, anchuroso, de media edad, con unas cejas retorcidas como bigotes, y un bigote que deja chicas á las cejas. Lleva unas zapatillas, un pantalón de militar, una chaqueta de paisano y un pañolito anudado al cuello. En su apostura, en su garbo, en la manera de avanzar hacia mí, sacudiendo sus piernas de una manera elástica y belicosa, yo comprendo que me hallo ante un héroe. Al recoger entre las mías su mano, experimento una sensación de asombro. Luego, ante su mirada escrutadora, estas miradas expectantes, benévolas, que tienen los hombres fuertes, hablo:

—Soy un periodista de Madrid á quien le interesa mucho Portugal. Estoy haciendo unos artículos, y quería completar mis impresiones hablando de la incursión monárquica en Valença do Miño. ¿Sería usted tan amable que me diera un reflejo de la arremetida y de la defensa?

El caudillo, desconfiado, sin querer entregarse al primer español que le venga contando una superchería, me pregunta si tengo algún salvoconducto. Yo le ofrezco mi tarjeta de identidad periodística. La hojea, la remira, y al ver mi retrato, lo consulta con el original, para sonreir.

—Bien, siéntese. Usted desea una explicación del combate. ¡Oh, fué terrible!

Después, dando unos pasos que hacen crujir las paredes y que rebullen todos los chirimbolos que se hallan en las consolas, hace un ademán guerrero, magnánimo.

—Bien; voy á entregarle el informe que hice para el Gobierno. Ahí está la relación exacta.

Yo cojo el documento y leo ensimismado.

Ahora bien; ¿cómo será posible dar una idea, reflejar siquiera modestamente, asomaros á tal maravilla? El documento está redactado sobre grandes pliegos azules, escrito con una letra pulcra, regodeada, pensado con una gran belicosidad.

Yo he sentido el escalofrío seis veces durante su lectura. Allí, el caudillo da una idea gentil del suceso.

Serían las cuatro de la madrugada cuando se acercó un espía, y exclamó:

—Ahí están los monárquicos. Se han apoderado de la estación ferroviaria, y dudan si continuar tomando posiciones.

Entonces se asomó el caudillo á la muralla y escrutó los ámbitos. "La noche era cerrada, y una gran neblina lo envolvía todo"—dice el documento.—"Por esta razón desistí de mandar á mis valientes soldados contra el invasor. Además, no se oía un solo tiro."

Dos horas estuvieron así, sintiéndose los titanes, pero sin acometerse. Yo me explico la enor-

me angustia del caudillo. Tener cerca, audaces. á los enemigos de la República, saber que se hallan á seis minutos de carrera, que se les puede arrollar, aniquilar, y, sin embargo, ahogar en el alma grandes impaciencias, sofocar terribles impulsos, ¡porque hay neblina! Sí; yo me pongo en el caso del héroe, y al verlo cano, pienso en la pavura de las noches épicas.

En cuanto salió el sol, la gente reaccionaria, que venía mandada por el teniente Sepúlveda, comenzó á disparar y á dar otras señales de vida. Entonces el caudillo mandó sacar las ametralladoras. Los soldados apuntaban desde el adarve. No fué preciso que nadie saliera. Los couceiristas, intimidados por tal ardimiento, experimentaron una vacilación, se dispersaron. Fué como si hubieran visto bostezar á un tigre. Unos corrieron por el puente internacional, buscando refugio en España, otros se echaron á nadar por el Miño, algún otro escapó internándose en Portugal. Dos se derrumbaron muertos. Horas después caían prisioneros otros seis.

—¿Y el teniente Sepúlveda?—interrogo.

—¡Huyó!

—Sería para rehacerse, para insistir...

—¡Huyó!

Luego, el caudillo le dedica unos párrafos ardientes, poéticos, á la bravura de sus tropas. "Fué un hecho glorioso, que hará efemérides en los fastos de la gran República".

Yo no he gozado nunca, en toda mi vida, como gocé leyendo este relato prodigioso. Luego pregunto;

—Claro está, habrán venido recompensas...

—Sí. Me han ascendido. Y nuestro insigne presidente me ha enviado un telegrama hermosísimo: "Saludo á los valientes defensores de la libertad, héroes de la nación. D'Arriaga".

Aún estoy unos instantes sintiendo en esta noble estancia el vaho de la heroicidad. Al fin, respetuoso, me despido.

—Que sea enhorabuena, y hasta otra ocasión. Esos paivantes...

—No, no insistirán. Bien escarmentados se fueron.

Estrecho la mano vencedora. El caudillo, desde el rellano de su escalerita, haciendo esas tan corteses, tan cumplidas, tan hidalgas reverencias portuguesas, me despide.

—Vuecencia tenga salud. A las órdenes de vuecencia.

Yo, engreído, pavoneándome, recorro la ciudad. En la muralla, el espectáculo es de una hermosura extremada. Valença se asoma sobre una rambla al río. En la otra orilla, Túy, amenazado por los cañones lusitanos, lleno de un miedo secular, se arrebuja entre las nubes como si pretendiera ocultarse. El Miño, pando, azul, sin la sangre del Guadalete, besa á los dos países. Los valles, fecundos, ubérrimos, llenos de vid y de

maizales, se expenden, se pierden.

Sí, hubiera sido una gran desgracia que suelo tan poético y tan seductor quedara manchado con la invicta sangre de cien portugueses heroicos.

VISTA EN TUY

Túy, en cambio, es más escéptico. Túy no cree en la bravura de nadie. Yo no creo en Túy.

Yo he venido á estas andanzas para ser imparcial. Creo haberlo sido desde el primer instante, ajustando mis crónicas á una sinceridad perfecta.

No he sido carbonario ni paivante. Alguna vez, ya que no por otra cosa, he oído exclamar:

—Hace usted unos artículos independientes. A B C ha sido siempre así. ¡Muy bien! ¡Muy bien!

Y yo he agradecido esto como la más exquisita de las loas.

Así, pues, debo reflejar este sentimiento de incredulidad absoluta que reina en Túy, acerca del glorioso hecho de armas. No afirmo que Túy diga la verdad. Pero escuchad lo que dice Túy.

Al mediodía he pasado el hermoso puente internacional que me conduce hasta mi patria. En su extremo, ¡benditos!, hay carabineros y guardias civiles. ¡Hermanos! Yo no he sabido nunca, hasta volver de un viaje por tierras extrañas,

los sentimientos de alegría, de amor, que pueden inspirar un carabinero y un guardia civil. ¡Hermanos que hablan nuestro idioma, que riman con nosotros, que tienen unas rudas caras tan amigas!

Le hacen un breve registro á mi equipaje. Luego empezamos á charlar.

—¿Estaban ustedes aquí el día de la incursión?

—Estábamos.

—Entonces lo presenciaron ustedes todo.

—En absoluto.

—Hablemos entonces, si me hacen esa merced.

Y mis compatriotas, picando tabaco entre sus palmas, empiezan á contar:

—Ha sido una cosa única. Los monárquicos entraron en Portugal, esquivando á la Guardia Civil, que los vigilaba mucho para impedir la incursión, en barcas, por el río.

—¡Ah! Entonces no entraron por el puente.

—¡Ca! Lo hubiéramos impedido nosotros. Entraron por donde pudieron. ¡No iba España á tener medio Ejército en la frontera para defender á los portugueses! Bastante hizo con vigilar todo lo que pudo...

—¿Qué gente era?

—Serían unos ciento cincuenta hombres bien armados, vestidos de azul. Si hubieran tenido ganas hubieran tomado á Valença.

—¿Qué hicieron entonces para no tomarla?

—Pues verá usted. Llegaron á la villa portuguesa y se corrieron hasta la estación sin que nadie les hostilizara. Serían las cuatro. Noche y niebla...

—Y en la estación, ¿qué hicieron?

—El primo. ¡Si tendrían miedo, que ni siquiera pillaron seis mil duros que allí había! ¡Y mire usted que les hubiera venido de perlas! ¡Eran unos desgraciados, hechos militares por unas pesetucas!

—¿Y nadie les opuso resistencia? ¿Y los guardiñas?

—¿Los guardiñas? Tiraron las armas y apretaron á correr...

Un sargento de la Guardia Civil, que nos oye pone un recio comentario:

—En España, esos guardiñas, preventivamente, hubieran sido fusilados. Luego se hubiera visto por qué huyeron.

Yo, intrigado por el referido, sigo preguntando:

—Y ya en la estación, ¿qué hicieron esos monárquicos?

—Vacilar... ¡Si hubo quien no pasó de la orilla!

—Entonces el fuego no empezó hasta algunas horas después...

—¡Toma! ¡Eso, claro! No, no querían avanzar esos infelices. ¡Y mire usted que les hubiera sido fácil apoderarse de Valença! Nadie les contes-

tó. Fueron dueños de la estación algunas horas. Pudieron fortificarse, ser beligerantes, adquirir un reducto. Además, los defensores de la plaza...

—¿Y no hicieron más?

—Nada. En cuanto amaneció, los de arriba, sin salir, eso nunca, empezaron á disparar sus fusiles. Y entonces la desbandada fué espantosa. Algunos corrieron á buscar cobijo entre nosotros, entregando sus armas. Otros se echaron al río. Un botero de Túy, valeroso, fué á buscarlos sin miedo á las balas. El teniente Sepúlveda, entre mis brazos, decía:

—No hicimos otra cosa porque no pudimos.

—Los demás, alguno medio llorando, exclamaban:

—Estuvimos al punto de morir.

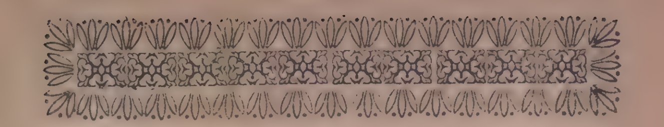
Esto me ha contado nuestro carabinero. Arriba, en Túy, me han dado noticias semejantes. Yo, lector, no digo que Túy sea completamente veraz. Es posible que Túy, eternamente amenazada por los cañones de Valença, haya aprovechado este momento para disminuir la épica grandeza del combate couceirista. Yo, en mi afán de información, imagino que las palabras de un carabinero, testigo de la jornada, merecen ser conocidas.

IMPRESIÓN

Y ahora, una impresión total. La intentona fué un enorme fracaso. En Chavez, bajo el influjo de Paiva, los monárquicos se portaron con mayor ardimiento. En Valença, estos cien hombres mal vestidos, que nunca oyeron silbar una bala, creyeron que el mejor ardid de guerra es la fuga.

Se me antoja, pues, acabada, al menos durante algún tiempo, la guerra, esta guerra menuda que sólo ha servido para que los carbonarios portugueses digan sin razón que España ayudó á los realistas, y para que el caudillo de Valença obtenga un ascenso.

Túy, Agosto, 1912.



TUY ANTE LA HECATOMBE

ES TODO VERDAD

Me ha sorprendido una noticia y me ha llenado de júbilo un comentario. La noticia se la debo al Señor Vasconcellos. El comentario á mis entrañables colegas de A B C.

Ha dicho el Señor Vasconcellos que todas las entrevistas, excepto la celebrada con cierto redactor de "Le Temps", y en las que se transcriben palabras suyas, no son ciertas, al menos en su totalidad absoluta.

Ha dicho A B C que tiene confianza en mi seriedad periodística. Para el Señor Vasconcellos, una sonrisa que tenga la intención de un epigrama. Para mis compañeros, gracias, gracias con todo el corazón.

Sí; es cierto. Yo hablé, en el ministerio, con tan maravilloso personaje: ante sus propios len-

tes urdí mis notas, demandándole permiso además para decir en A B C lo que pudiera ser dicho. De vez en cuando, el Señor Vasconcellos me miraba cordialmente, sonreía y exclamaba:

—Bueno, eso en la intimidad... No lo refiera usted...

Y yo, noblemente, pues nunca me ha gustado abusar del candor ó de la sinceridad ajenos, y creyendo, además que el periodismo debe ser algo diáfano, compuesto de cosas macizas, irrectificables, pasaba la punta de mi lápiz borrando algunas confidencias, que ni hoy mismo, á pesar de que el Señor Vasconcellos se lo merecía, soy capaz de lanzar al público.

Quédense, pues, en el tintero las palabras que tuvo el ministro portugués para el Señor Canalejas. No quiero ocasionarle la molestia de tener que desmentirlas viéndose cogido en la trampa. Quede, sí, consignado que todo cuanto contenía mi artículo refiriendo la entrevista con el Señor Vasconcellos, no sólo es verdad, sino que tuvo en aquel instante su autorización para darla á la imprenta. Después, si el Señor Vasconcellos, asustado por su propia osadía al pretender que nuestra nación arroje de su territorio inhumanamente, cruelmente, á los monárquicos del país vecino, ha querido borrar el efecto, allá el Señor Vasconcellos con la seriedad y con la conciencia.

Las mías están en este momento rozagantes.

EN TUY

Carretera adelante ya se respiran auras españolas. Todo habla en íbero. El país, la nacionalidad, la raza, el régimen, todo cambió. Y, sin embargo, oteada la campiña desde un sitio culminante, resulta bastante absurdo todo esto.

¿Por qué? ¿Por qué una orilla es portuguesa y la otra hispana? Vedlas. Son las mismas. Primero, unos maizales idénticos en ambas orillas; después, la ondulación de las gándaras llenas de pinos y de abetos; unos caseríos enjabelgados, como blancas salpicaduras sobre la flora verde; iglesitas gemelas, con sus esbeltas, gráciles, altivas espadañas: un río azul, que se ríe de la banalidad humana; y allí, sobre dos colinas, Valença y Túy, grises, arrebujadas, silenciosas, mirándose como dos hermanas que se hubieran enfurruñado un poco.

No, eso no es tierra ertranjera. Francia separada por los Pirineos, sierras bravas y ariscas, ingentes, como una muralla colosal; es tierra distinta. Portugal, más allá del Miño, este río que nace, como arteria, en el corazón de la recia Galicia, es una bella región española, hermana querida, ayer enfatuada con unos Reyes, hoy cautiva bajo unos demagogos.

He recorrido Tuy. He hablado con mucha gente. Respecto de la incursión monárquica torna-

ron á decirme lo mismo. Que aquello no fueron las Termópilas. Pero me han dicho algunas cosas más, que, por juzgarlas interesantes, no han de resbalar en mi pluma.

TUY NEUTRAL

—¿Se ha conspirado aquí?—pregunto.

Y en seguida me contestan:

—No.

Yo juzgo esta negativa interesante, pues de resultar cierta evidenciaría el error en que se hallan los carbonarios portugueses. De mis inquisiciones, oid, leed...

Túy estaba encantada con los monárquicos lusos. Túy es una población chiquita, que vive apenas de su obispado y de unas coles sembradas en la periferia. Un día estalló la revolución en Portugal; los libertarios fueron despóticos; los amigos de la tiranía, asustados por el exterminio, llegaron á Túy. Esto fué como una siembra abundante, enlozanada por el riego fecundo. Había en Túy cerca de trescientas familias portuguesas que no se mantenían del aire, que recibían dinero lusitano, y hasta oro del Brasil, el clásico y legendario oro del Brasil.

—Ya ve usted—me dicen...—De mil quinientos á dos mil duros gastaban aquí diariamente los emigrados. Una riqueza. Como que se desentram-

pó el pueblo, se construyeron algunos edificios, se fundó un hotel, nuevo, lujoso, á la moderna; las casas que rentaban veinticinco pesetas al mes, se alquilaron por ciento cincuenta.

Quien me habla, un hombre dolido, rezonga imperioso:

—Un detalle... El Casino hasta llegó á comprar piano...

Yo escucho estas cosas y voy comprendiendo la verdad. Túy no conspiraba. Túy favorecía, eso sí, á los monárquicos; pero no como tales monárquicos, enemigos de la República, ganosos de cambiar de nuevo el régimen, sino como emigrados, como gente que se ha refugiado en un país, al que sacaron, si no de la miseria, del estancamiento, del cansancio...

—Entonces en Túy, ¿no se ha conspirado nada?

—Yo no lo sé. Al menos en complicidad con los naturales de Túy no ha sido.

Y debe ser cierto. En último caso, á Túy no le convenía que los monárquicos venciesen. Reintegrados sus ideales, se reitegrarían á su patria, dejando al pueblo que les dió cobijo. A lo sumo, podría aspirar Túy á que emigraran los republicanos. Mas Túy ganaba poco en el cambio, ya que los realistas suelen tener las faltriqueras atestadas, mientras que los demagogos no han tenido aún espacio bastante para llenárselas. Están todavía en la primera digestión.

No, el caso es de una claridad meridiana. Túy,

protegido por la emigración, veía con agrado á los realistas; pero en el fondo, ganoso de que no vencieran, de que la situación se prolongara, no les ayudó á conspirar. Si ellos solos, entre sí, conspiraron, allá ellos. Mientras no dieran señales de vida, Túy no tenía otra obligación que la de ser indiferente.

Ved cómo los radicales, juzgando los sucesos de un modo arbitrario, han dicho cosas sin visos de realidad ni de razón. Pero es que los carbonarios, sin Ejército que movilizar, han querido buscarle un pretexto á lo indefenso de sus fronteras, diciendo que Túy, como otras ciudades limítrofes, favorecía á los monárquicos...

EL HOMBRE DEL TELEGRAMA

¿Sabéis quién es Don Jesús Rivas Bugarín?

Don Jesús Rivas Bugarín es presidente de la Cámara Comercial de Túy, y fué autor de aquel famoso despacho dirigido al señor Canalejas, que terminaba diciendo consternadamente: "¡Dios salve á España!"

Yo, no pudiendo ver al señor alcalde, que viaja, quise ver á Don Jesús. Los amables periodistas de Túy, el sacerdote Señor Rueda y el Señor Paz Varela, un escritor nervioso, ágil, entusiasta, me han facilitado la ocasión de saciar este anhelo.

No creáis, sin embargo, que al Señor Rivas Bugarín se le ve con facilidad extrema. El Señor Rivas Bugarín juega al tresillo.

Cuando yo manifesté mi propósito, al Señor Rivas le ponían un solo á copas en el Casino de Túy. El Señor Rueda se le acercó:

—Don Jesús, un redactor de A B C quiere hablarle.

Enajenado, el Señor Rivas contestó:

—¡Llevo estuches! Sí; dígale que aguarde un momento.

Estuvimos paseando por la rua principal de Túy, una hermosa avenida, hasta que Don Jesús tiró una bola y quedó satisfecho. Luego, amabilísimo, bondadoso, púsose á mi disposición.

—Quería preguntarle á usted algo acerca de la conceirada...

—Como usted guste.

El Señor Rivas Bugarín habla:

—A Túy le convenía mucho la emigración portuguesa. Bástele un detalle. Sólo una casa bancaria de Túy, una sola, negoció durante el mes de Junio de noventa mil duros en letras portuguesas...

—¿Dinero para hacer la contrarrevolución?

—Dinero para vivir, sencillamente. Aquí, el dinero de la contrarrevolución no se ha visto ni se hubiera tomado.

—Entonces Túy, ¿no ayudó á los paivantes?

—De ninguna manera. El día en que ocurrió

la incursión, para todo el mundo fué una novedad, una sorpresa...

—Entonces es inexacto que pasara por Túy gente armada...

—Inexacto del todo... ¿Lo hubiera consentido la Guardia Civil? Casi todas las armas estaban en territorio portugués. Las otras, Dios sabe dónde estarían guardadas... Aquí nadie vió esas columnas de paivantes. Se sabía únicamente que los monárquicos preparaban, solos, absolutamente solos, la incursión...

—Diga usted, entre los paivantes, ¿iba algún compatriota nuestro?

—Ni uno. Y, además, créalo usted, casi todos los monárquicos eran gentes pacíficas, que no se metían en conjuraciones, que sólo deseaban vivir en paz. Yo creo que ni los carbonarios tienen razón al decir que se favoreció á los realistas, ni el Señor Canalejas la tiene para internar á esos otros pobres hombres tranquilos que tanto bien le han hecho á Túy y que tan á su gusto se hallaban.

Yo interrumpo un momento al Señor Rivas.

—Por ahí, entre la gente carbonaria, se ha dicho que los monárquicos desean vivir en Túy, porque siendo ésta una ciudad tan cercada, pueden conspirar más fácilmente...

—Quizá, en algún caso aislado, tengan razón: pero no es lo general. ¿Por qué prefieren vivir en Túy á vivir en Cuenca? No hace falta ser

conspirador para preferirlo. En primer lugar, casi todos esos monárquicos son gentes muy beatas. Túy, usted lo sabe, es una ciudad extremadamente religiosa. Ni Vigo, ni Pontevedra, ni La Coruña lo son tanto. Cuenca, no sé... pero ¡está demasiado lejos!

—¿Demasiado lejos? ¡Entonces...!

—Entonces... nada. ¿Tiene algo de particular que los emigrados deseen vivir cerca de su patria? Estando más cerca se hallan próximos á sus casas, á sus negocios, á sus intereses. Aquí leen, á las pocas horas de publicarse, los periódicos de Lisboa. Aquí reciben al día su correspondencia. Y, además, mire usted...

Don Jesús me coge de un brazo, me da un empujoncito y me hace escrutar la campiña.

Allí está Portugal, la tierra no por desgraciada menos querida. Allí está la patria. Allí se ven las tierras portuguesas, los rubios y plácidos bueyes, las iglesias, los campos. Allí, por las noches, ó en los atardeceres, se oye, entre la música de una vegetación ubérrima, sollozar á un fado...

—Sí, sí, Don Jesús... Esto es como un balcón sobre Portugal. Se comprende que los emigrados, estos pobres hombres que aman á su tierra, quieran permanecer en Túy...

EL TELEGRAMA

—Bueno, y ahora la orden de internación ha venido enérgica...

—Y tan enérgica... Como que no dejan un portugués ni para un remedio. Esto á mí se me antoja un abuso. Yo comprendo que se interne á los paivantes, á los que tomaron las armas, aunque las dejaran con tanta presteza. Pero ¡á los pacíficos! Esto es la ruina de Túy. Por eso, protestando contra eso, le telegrafié al Señor Canalejas. Y, ¿sabe usted lo que me contestó?

El Señor Rivas Bugarín, mete mano á un cartapacio enorme que tiene en su buchaca, y me pone de manifiesto un telegrama del Señor Canalejas; "...como no tengo confianza en los informes oficiales y no puedo establecer una gran Policía, será muy difícil que acceda..."

—¡Ya lo ve usted!—exclama el Señor Rivas:—¡El presidente no tiene confianza en los informes oficiales; es decir, en las autoridades de Túy! Por eso, ante confesión así, le dije yo: ¡Dios salve á España!

Don Jesús hace una pausa, tras de la cual se pone taciturno.

—Y á eso me contesta el presidente: "España no necesita que la salve Dios", respuesta que ha caído como una bomba, y que le habrá de costar al Señor Canalejas algún disgusto.

Yo atajo las naturales vehemencias del Señor Rivas.

—Hombre, las cosas no se pueden juzgar sin antes haberlas interpretado bien. El Señor Canalejas no ha blasfemado. El Señor Canalejas, representante del Poder ejecutivo, quiso decir con esa frase que nuestro país no se halla en tan desesperada situación que sólo Dios pueda salvarle. Eso es todo.

—No, si yo así lo creo. Pero en fin, ¿le parece á usted justificado este rigor contra los monárquicos portugueses? Casi ninguno conspira, limitándose á vivir en paz.

—Sí, yo creo que al Señor Canalejas le han arredrado en demasía las vociferaciones de la carbonaria. Esta querría seguramente que nos dedicáramos á defender sus fronteras, aliándonos. Valiera más que supiese defenderla sola y que les dejaran vivir á ustedes y estar á todos tranquilos. Pero el Señor Canalejas se ve harto acosado para no mostrarse riguroso. Pero, ¡bah!. esta polvareda que levantaron los carbonarios y algunos republicanos españoles se asentará un día ú otro, y ustedes recobrarán á sus realistas y comprará el Casino otro piano. La cuestión es que no se conspire.

El Señor Rivas Bugarín se retrepa.

—¿Conspirar? Y ahora, menos. El movimiento manuelista fracasó para siempre.

—¿Para siempre?

—Sí. Como no surja en el interior... Portugal no es país lo bastante vigoroso para sostener una guerra civil.

Hablamos aún durante largo rato por la bella avenida. Dos ó tres portugueses, los únicos que todavía permanecen aquí, mas que se hallan con el equipaje presto, van por las calles con aire nostálgico.

Mañana, lector, quiero probarte que nuestro Gobierno, imparcial, no auxilió á las fuerzas couceiristas.

Será ésta una demostración que habrá de quitarle á los demagogos la única bandera que tremolan.

Túy, Agosto, 1912.



EL ERROR CARBONARIO

EN ORENSE

Yo podía escribir largas cuartillas acerca de Orense, corazón de Galicia, bravo, risueño, aborigen, lleno de vida y de masculinidad.

Pontevedra es la cara bonita de la región gallega. La Coruña son unas manos enguantadas que huelen algo á perfumes y á quietud. Lugo son las piernas de atlante. Orense, la provincia montaraza, entre cuyos agros quebrados, hirsutos, que hablan de grandes hecatombes sísmicas, nació el alalá, es todo corazón.

Llevo unas horas en Orense, horas que pude aprovechar á mi albedrío, y de las cuales me ha quedado una impresión definitiva que yo quisiera daros en estas páginas.

Veamos si la intención es suficiente.

LOS DOS PARTIDOS

La cuestión portuguesa dividió á los orensanos en dos nuevos partidos políticos. Ayer fué Orense bugallalista, espadista, cobianista, perecista,

según fuera el nombre del diputado favorito. Hoy es, ante todo, paivante y carbonario.

Orense, corazón más que otra cosa, ha sentido á Portugal. Túy, por ejemplo, no hizo más que aprovecharlo, que dejarse vivir, que dejarse habitar, que dejarse enriquecer. Por su casa pasó la emigración como pasa el huésped fastuoso por el alma del hombre honrado y sencillo que puso una fonda. Orense, tierra de vino y de sol, de montañas ciclópeas y de gentes bravías, no tuvo para la cuestión portuguesa el cuarto de un hotel, sino toda su alma.

¿Empezáis á comprender ya?

En Orense, desde el primer instante, surgió la división. Paivantes, carbonarios. Con los primeros fuése la gente adinerada, la gente, digámoslo así, conservadora, los que tienen pazos antiguos, ricas bodegas quintañonas, guantes y automóvil. Con los segundos, excepto el pueblo rural y los servidores, fuéronse los humildes, los eternamente engañados, los que, sin haberse asociado á Portugal, al Portugal despóticamente demagógico, vibran todavía cuando se les habla de República.

Los primeros han sido quienes favorecieron la incursión monárquica. Sin darse cuenta de que á España, juzgando las cuestiones desde un punto elevado, no le conviene que se reintegren los Braganza en el trono, llevados por un noble sentimiento romántico, seducidos por aquellos emi-

grados cultos que venían fugitivos, refiriendo el horror de la vesania radical, hidalgos, generosos, auxiliaron á la restauración pretendida, escondiendo á Paiva, ocultando su armamento, cobijando la conspiración en el sagrado misterio de sus casas.

Los segundos han sido quienes favorecieron á los agentes carbonarios, traídos aquí para deshacer la obra de los conspiradores. Sin darse cuenta de la engañifa radical, sintiendo la cuestión á ras de tierra, llevados también por un romanticismo generoso, odiaron al paivante y al protector del paivante, favorecieron á esos llamados cónsules portugueses, analfabetos, pobre horda que blasfema bajo el gorro frigio; hubieran sido capaces de coger un fusil para ¡defender la libertad...!

Tenemos, pues en tierras fronterizas cuatro factores diferentes que ya hemos analizado, y que son los que promovieron todo este gran suceso, un poco ridículo al final, de la contrarrevolución portuguesa.

Son.... de un lado, los monárquicos lusos, perseguidos, desterrados, capaces de inspirar un romanticismo. De otro, y á este son, los paivantes orensanos, víctimas del romanticismo tal. De otro, los carbonarios portugueses, policías de oficio ó de vocación, consulillos de aldea, que trajo aquí la República para evitar el triunfo de la conspiración, y que suponen inspirar otro roman-

ticismo. Y, por fin, las víctimas del romanticismo radical.

Estos cuatro factores han sido, ellos solos, quienes todo lo pensaron, lo ejecutaron, lo ganaron ó lo perdieron. El Gobierno español, en medio del cuadrilátero, ajeno á las cuestiones íntimas, cuidando sólo de mantener el orden, resulta ser ahora parte en el monarquismo portugués. ¡Qué gran absurdo! Quienes tal cosa dicen, si tienen algún interés en saber la verdad, y no está por gusto ó por conveniencia en el prejuicio, debieran venir á este Orense pasional, viril y romántico, donde se sientan con fervor las cuestiones; pueblo que un día se rebela contra su obispo, y que otro mata en las calles á la superchería; genial pueblo de hombres, ¡de hombres!

No. El Gobierno mantúvose neutral. Insensata hubiera sido otra casa. Yo, cuando leía en Lisboa y en Oporto la Prensa carbonaria, tan iracunda para el Señor Canalejas, no perdí la serenidad. Me parecía increíble que un hombre de talento sutil, gobernante de gran equilibrio, que tan á maravilla conoce los problemas nacionales, fuera, deslealtando á sus deberes nacionales, y, sobre todo, á sus deberes como español, cómplice de Paiva. A mí, esa suposición tan burda, propia del libelo y de la revista satírica chillona, se me antojaba un error. Ni hasta cuando el Señor Vasconcellos me puso un fusil de Oporto ante los ojos, me sentí persuadido. Era imposible que un

Gobierno como éste, como todos en España, honrado y patriota, intentara realizar con el entronamiento de los Braganza, la amputación de un sueño. Y, sobre todo, si la incursión hubiera sido favorecida por el Gobierno de un país, al cabo fuerte, ¿hubiese tenido un final tan lamentable? La incursión, mal pensada, ejecutada con miedo, gárrula, ineficaz, tiene todo el carácter de las cosas que se pregonan á hurtadillas, sin la fortaleza que da estar aliado con un poderoso.

No, el Gobierno de España está limpio de toda culpa.

MÁS PRUEBAS

¿Sería preciso consumir largas parrafadas en demostrar esto?

Es una cosa tan sencilla, que sólo con la razón se prueba. Pero hay más. Veamos. Si España, simbolizada por nuestro Gobierno, hubiera auxiliado á los paivantes con una determinación clara y rectilínea, ¿hubiera consentido la existencia del otro partido, del carbonario?

Pero mientras Couceiro vivía ocultado en la finca del Señor Cea Naharro, disponiendo su plan, mil agentes republicanos andaban por Orense predicando en contra, haciendo prosélitos, conspirando también impidiendo la obra realista. Pues bien: ¿los hubiera tolerado el Gobierno, un Gobierno decidido á que vencieran en Valen

ça y en Chavez las fuerzas monárquicas? Sí, se les consintió la vida, se les dejó no sólo opinar, sino hacer; han sido mirados con toda consideración, y hasta, á veces, con un respeto inmerecido. Se ha dado el caso, caso insólito, de que un cónsul carbonario de la frontera estuvo usando, y aun abusando, de su posición ¡sin tener el regium exequatur"! Esto da idea de la benevolencia, hasta de la lenidad que se tuvo para la carbonaria.

No, lector; si los republicanos dicen que el Señor Canalejas favoreció á los paivantes, con el mismo derecho, y basados en razones parecidas, podrían decir los paivantes que el Señor Canalejas fué un aliado de la demagogia.

Pero, ¿serán necesarias más pruebas?

Las hay hasta sentirse hartos.

Si el Señor Canalejas quería ver á Paiva triunfante, ¿por qué, á pesar de lo costoso del caso, movilizó no sólo la Guardia Civil, sino hasta Ejército que impusiera el orden fronterizo? Si es bufo, bufo todo esto. En el deseo de favorecer á Paiva, le hubiera sido bastante darle cien guardias civiles disfrazados para tomar Valença. Ellos hubieran dado una nota viril y hubieran sido más que bastantes para contener el ímpetu de los guardiñas dispersos... Si es bufo, absolutamente bufo todo esto.

LAS ARMAS

Hay, sin embargo, un detalle que á cualquiera deja sorprendido, y que seguramente harán visible nuestros republicanos cuando susciten en el Parlamento la cuestión.

Me refiero á las armas. Yo mismo, cuando el Señor Vasconcellos me hizo ver el fusil asturiano y las municiones toledanas, me quedé un poco perplejo.

¿Sería posible que nuestro Gobierno les hubiera dado pertrechos de guerra á los contrarrevolucionarios? ¿Sería posible la existencia de un venal?

Vosotros recordaréis que durante mi entrevista con el Señor Vasconcellos no me dejé llevar por la impresión primera, súbita.

—Yo soy español—le dije,—y no creo nada, no debo creer nada.

Hice bien. Nuestro Gobierno, ¿cómo iba á cometer semejante imprevisión, semejante locura? Nuestros militares, caballeros, caballeros, caballeros, ¿cómo iban á realizar un acto así? Era un tormento para mi razón. Porque, eso sí, las armas eran ciertas...

No, lector; esas armas han sido pedidas para nuestra hija ó nuestra hermana Venezuela. A Venezuela se le tiene concedido el derecho de comprar fusiles y cartuchos españoles. Venezuela los

pidió; de Oviedo y de Toledo salió el pedido; á Venezuela no ha llegado... ¿Qué se ha hecho de esos fusiles y de esos cartuchos? Son los de Paiva. Resultaría imbécil exigir más pruebas.

LA SITUACIÓN ACTUAL

Ahora bien, ¿podía continuar el Gobierno español asistiendo impasible á estos sucesos?

Al fin y al cabo, y aun contra su voluntad, por la frontera española entró Paiva, y al fin y al cabo también, y también contra su voluntad, los carbonarios hicieron de las suyas. No, no era posible vivir en alarma constante y dejar crecer en el seno del territorio español á dos partidos políticos que piensan y sienten en lusitano. Para terminar con esta situación, ha sido mandado á Orense un hombre inteligente, enérgico, honrado, trabajador, Don Alfonso de Rojas, gobernador á cuyo celo se debe que la cuestión esté zanjada ya apenas en quince días.

Ahora bien, ¿contra quién ha sido mandado el Señor Rojas? Contra nadie. El Señor Rojas no ha venido para perseguir á los paivantes ni para intimidar á los carbonarios. El Señor Rojas ha venido contra todos y contra ninguno. No fuera propio de un Gobierno consciente ni de un hombre tan cabal como el Señor Rojas hacer lo contrario.

El hecho es que la situación se ha despejado. Un vigor culto, la mano fuerte del hombre sutil, supo imponer en Orense el equilibrio. Ahora, ni unos ni otros podrán sentirse privilegiados. Los realistas llegan á Verín para la internación. Los agitadores radicales son justa y lógicamente enmudecidos. Para unos y para otros hay entereza y hay justicia. En Orense, el problema va tomando un carácter pacífico, habiendo penetrado los ánimos por el cauce de la neutralidad y del orden. Paiva Couceiro, en el automóvil del Señor Cea Naharro, salió del Telleiro para Vigo, donde debió embarcar hacia Londres. El alcalde de Verín ha sido multado por haber consentido, sin corrección adecuada, que se dieran gritos de mal jaez. Puede afirmarse que, al menos durante mucho tiempo, la cuestión lusitana tendrá en Orense inevitable trascendencia: pero dentro de lo que no está exacerbado, sin pasar la linde que ayer fué rebasada por unos y por otros, pese al Gobierno, entiéndase bien, pese al Gobierno.

HABLA EL GOBERNADOR

He hablado con Don Alfonso de Rojas en el Gobierno civil. El Señor Rojas es un hombre alto, firme, de una corrección seria y afable.

—Dígame usted, ¿en qué situación se halla el conflicto?

—En paz. Los monárquicos, obedeciendo á las órdenes gubernativas, son internados.

—¿De qué modo?

—Los pobres, á expensas de España, y hacia Cuenca ó Teruel.

—¿Ha venido consignación para estos gastos?

—Al principio tuve que anticipar algún dinero; pero ya recibí lo suficiente.

—¿Cuánto viene á costar la internación?

—Baratísima. En mi vida he mimado tanto el céntimo. El coche de Verín á Orense, siete pesetas; una para cenar aquí, para cenar aquí muy bien; y dos para el resto del viaje, teniendo en cuenta que el tren es gratuíto.

—Bueno, pues aun así, como los internados son muchos, nos está costando un caudal que el Señor D'Arriaga viva contento en el palacio de Belem... Y aún pretenden que hubiera una expulsión total. La carbonaria es insaciable. ¿Y los ricos?

—Los ricos se marchan al extranjero. Inglaterra y el Brasil suelen ser el punto elegido.

—¿Quedan muchos en Orense?

—Poquísimos. Y esos, de un día á otro se irán.

—Entonces no estará descontento de usted el Señor Duarte Leite.

—No me interesa demasiado. Me basta con que lo esté mi jefe el Señor Canalejas. ¡Ah; pero los carbonarios también llevan su merecido! Mu-

chos, protegidos por sus consulados, se dedicaban, más ó menos veladamente, á ejercer de policías. Esto lo he impedido yo con toda entereza. Me parece desagradable compartir con los carbonarios mi cargo de gobernador.

—¿Y obedecen?

—Peor si no lo hicieran para ellos.

—¿La situación de la provincia?

—Excelente. Cada cual á cumplir con su deber, y yo con el mío. Y sobre todo, como siempre, la neutralidad.

El tono, el gesto del Señor Rojas tienen gran persuasión. Se ve palpitar en ellos la entereza de un ánimo justo y bien dirigido.

—Respecto de nuestra supuesta alianza con los monárquicos portugueses...

El Señor Rojas tiene una risita.

—¡Qué locura!

—¿Cree usted que podrán repetirse los hechos?

—Mientras yo esté aquí haré todo lo posible con objeto de impedirlos. De todas maneras, Orense habrá de ser, durante algún tiempo, una provincia de cuidado. Carbonarios y paivantes dejaron aquí su simiente, sus huellas.

El gobernador interrumpe de vez en vez su charla para firmar un salvoconducto, redactar un telegrama, recibir sus visitas.

Yo he sacado la impresión de que si ayer, Orense, el Orense oficial, supo cumplir con su

deber, hoy está en unas manos admirables. Ni Paiva ni Duarte pueden sentirse regocijados. España, la neutral, la justa, la que no anhela perseguir brutalmente, salvajemente al pobre fugitivo, ni quiere vivir bajo la tutela ridícula del carbonario, se puede sentir satisfecha.

IMPRESIÓN

Quede, pues, desvanecido el error. ¡¡¡No hubo tal ayuda!!! Sépalo el Gobierno de Portugal, sépalo la Prensa de Portugal y sépanlo, finalmente, nuestros republicanos. ¡¡¡No hubo tal ayuda!!!

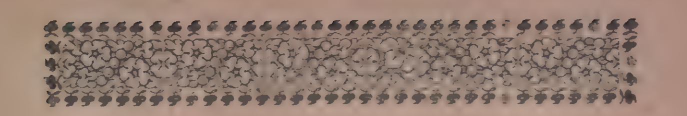
Si gente de allá, inerme, incapaz de movilizar un Ejército imaginario y sin disciplina, buscó en semejante yerro una disculpa, allá con la farsa. Y si la gente de acá, ganosa de hacer opinión y política, amistanzada antipatrióticamente con los agitadores portugueses, arrullan el oído carbonario con esta irrealidad, allá ellos también.

La gente sensata de uno y otro país, y hasta del extranjero, deben saber que ni siquiera con una flojedad, con una tibieza, ha procurado el Gobierno español favorecer al monarquismo lusitano.

Esto, sobre ser antilegal, sería pueril. España, fuerte, segura de sí misma, impasible y aprestada, tiene que permanecer en la frontera, viendo

cómo Portugal se debate, se retuerce, se desespera en una terrible convulsión. Después, Inglaterra y Alemania, más fuertes que todos, señalarán, con su dedo, el camino...

Orense, Agosto, 1912.



EL EJEMPLO DE HOY, LA SOLUCIÓN DE MAÑANA

SITUACIÓN DEL PAÍS

Supongo, lector, que ya tendrás formado tu juicio. Portugal, debatiéndose poseso en terrible anarquía, ignora qué será de su futuro. Una de sus más grandes inteligencias, republicano de siempre, víctima de hoy, nos lo ha dicho: "Portugal se muere".

Ahora bien. ¿Y qué podría salvarle? ¿Consideras posible la restauración? La restauración es un absurdo. Y lleva por adelantado que no me refiero al problema militar. Las huestes monárquicas, envalentonadas ante la indisciplina del Ejército republicano, aleccionadas por su propia timidez, podrían tener un acto de contrición ante Paiva Couceiro, irrumpiendo en Portugal con mayor ímpetu. Pero aun así, la restauración es imposible.

La Monarquía en Portugal carece de Rey, de caudillo y hasta de opinión.

Don Miguel de Braganza es el pasado, una cosa de museo, que ya no puede vibrar en rima con la vida moderna. Es una cosa tan fenecida, que "La Nación", su órgano en Lisboa, no preocupa siquiera á los republicanos, quienes lo dejan vivir en paz, y en el secreto de su insignificancia.

Don Manuel tampoco. Don Manuel mismo, si le ofrecieran el Trono, es posible que rompiese á llorar. Don Manuel no quiere ser Monarca. Yo he visto en San Vicente da Fora los ataúdes regios. Cuando el cicerón, persuadido ante mi propina, alzó los paños luctuosos que guardan á Don Carlos y á Don Luis Felipe, yo comprendí que aquello era una dinastía acabada. Don Carlos, tras el cristal, es una masa informe, deshecha, entre la que se agitan gusanos y se rebulle la vida monstruosa, vencedora de la muerte. Don Luis Felipe, juvenil, vestido de oficial, mejor embalsamado, casi entero, da una sensación bárbara, tremenda. Está flaco, empalidecido, con la barbilla en punta, las manos crispadas, estirada toda la figura como una alucinación del Greco. En su sien aún están las huellas de los disparos asesinos, bestiales. En su boca, una boca trágica, horripilada, se contrae una mueca de renunciación. Es una mueca inconcebible, un grito sordo entre el pus, algo que dice, que clama la hecatombe de una vida moza arrancada por el inicuo, á viva fuerza. Sí,

lector: en ese gesto mortuorio del príncipe real hay un aullido y hay una abdicación definitiva. Cuando el Rey Don Manuel recibió á los palaciegos tras el vil asesinato, estaba lívido, convulso. Doña Amelia lloraba. El huérfano, avanzando hacia un español muy respetado en la colonia de Lisboa, le tendió ambas manos, y le dijo infantil: "¡Ayúdeme usted, ayúdeme usted!" Luego, al sonar unos tiros en las Necesidades, el Rey saltó una tapia y huyó sin un leal. En el palacio, en aquellas estancias muertas, vive la sensación vaga y formidable de lo que nunca ha de tornar á ser habitado...

Los monárquicos en Portugal pelean sin Rey. Y es como si los cristianos hubieran peleado sin cruz.

¡Caudillo? Tampoco. Yo he pisado las huellas de Paiva y he visto su fracaso. Paiva es un oficial valiente, muy valiente, y es un caballero absoluto. Mas para conquistar á un país al frente de una hueste deleznable hace falta ser un genio. Y Paiva no es Burguete. Su organización, mal pensada, su ataque, mal dirigido, no hablan de un táctico ni de un estratega. Además, no ha tenido una frase, un acto, ese chispazo luminoso que tuvieron los grandes caudillos, y que tuvo Ricardo Burguete ante la fosa de Ibáñez Marín.

¡Opinión? En Portugal, eso sí, existe una gran opinión conservadora, amiga del orden, de la seguridad y del crédito, honrada y consciente. Pero

esa opinión, sobre ser cobarde, sobre no haber tenido un solo ademán vigoroso, ¿está segura de que la restauración podría salvarla?

No. En Portugal, el realismo acabó. Era una cosa inadecuada, demasiado grande para un país tan chico, extinta por unos criminales, y que no ha dejado más que una estela de sollozos.

Ahora bien, ¿puede continuar la nación bajo el imperio de los radicales? Imposible. Imposible que cinco millones de habitantes se resignen á soportar la tiranía de diez mil. Imposible que un pueblo se entregue á la vesania, al despilfarro, á la francachela. Imposible, además, que un país, aun en el trance de aguantarlo todo, no caiga envilecida, deshecha, rota, aniquilada su hacienda, á ese paso...

¿Será posible que los radicales, avizorando el peligro desde la cumbre, cambien de procedimientos? No. Duarte Leite ha intentado vencer á la carbonaria y se ha visto acosado, y se ha creído morir. Los selectos de la orgía nada podrán hacer. Son cómplices de la horda que los empujó, que les hizo dominadores. Y la horda no perdona estas deslealtades.

¿Hay un partido político serio dentro de la República? Hubo un partido histórico, honrado: pero esté inerme, más aborrecido aún que los realistas, sin la menor esperanza de advenir.

Y así vive Portugal, y así, irredimible, sin una insinuación auroral en el horizonte, permancerá

mientras no se desangre del todo en una agonía tremenda, cuyo desenlace se avecina ya...

EL ESPEJO

¿Qué ofrecieron los republicanos antes de hacer la revolución? Libertad, moralidad, economía... Tal era su programa.

Bien... Pues el Señor D'Arriaga, que ayer se quemó las cejas para execrar en robustas quintillas el despotismo de los monárquicos, preside hoy una República de facciosos tiránicos; los demás han invadido las posiciones oficiales con aires de botín, rasgando y repartiéndose la túnica nacional; los jingoistas del Gobierno, que ayer predicaban contra los gastos militares, quieren arruinar á un país chiquito y pobre, creando un Ejército ilusorio, improvisando una Marina fantástica, ¡hasta intentado adquirir toda una escuadrilla de aeroplanos!

Todo, pues, menos lo que ofrecieron antes de llegar...

Sírvanos la tragedia lusitana de rudo ejemplo. Sean estas desdichas como un espejo que la suerte nos pone ante la cara. Portugal, recibiendo esta dura lección, esta lección épica, estimule nuestra conciencia española, evitando el peligro cuando tan cerca lo vemos, y tan bárbaro.

Venturosamente, esta lección ya la tuvo Espa-

ña hace algunos años. Venturosamente, España está muy lejos de caer en la tentación de asomarse al abismo. Aun así, conviene mirar á Portugal cuando veamos que nuestros ideales zozobran, que nuestro espíritu nacional advierte la concupiscencia de buscar lo nuevo...

EL IBERISMO

¿Está Portugal condenado á morir? El iberismo es la solución extrema, pero segura, firme.

Yo no hago más que recoger impresiones. En Túy hablé con un emigrado. He aquí lo que me dijo:

—En Portugal esta opinión, ayer tan antipática, va echando raíces. Nuestra soberanía fué siempre un mito. Las colonias portuguesas son colonias británicas que tienen sólo, para mayor escarnio, nuestra bandera nacional flameando trágicamente al viento. Mozambique es un feudo inglés. Las leyes que vota nuestro Parlamento para regir á Mozambique han sido inspiradas antes por la Legación de Inglaterra. Y lo mismo Angola. Y así todo. Todo, incluso el propio territorio portugués. Usted recordará el famoso "ultimatum" reciente... Dos cruceros grises, imponentes, en aguas de Lisboa, señalaban ya con sus cañones á la plaza, dictando la voluntad del fuerte y lo que debía hacer el débil, cuitado.

Mi amable interlocutor, un hombre rico, ilus-

trado, verdadero y consciente patriota, exclamó:

—¿Vale la pena de conservar esta limosna de soberanía? ¿No es un formulismo grotesco? Sépalo usted: el iberismo, la estrecha unión de ambos países, unión que para todos sería feliz, va ganando prosélitos en Portugal. Los republicanos dicen: "Antes la intervención que la Monarquía". Los monárquicos responden: "Antes la intervención que la República". Y el país sensato lo comenta todo con una gran mirada de amor hacia España, hacia esa hermana querida.

Luego, en un instante de viva sinceridad, entona un canto al iberismo.

—Sin desaparecer Portugal, conservando su idioma, sus costumbres, su personalidad, su administración, constituiríamos la gran nación ibera. Más de veinticinco millones de habitantes, una gran fuerza contributiva, un Ejército poderoso... Seríamos, unidos, en el rango internacional, cabeza... Y luego, ¿no sería ésta la solución única para terminar con la anarquía y con la incertidumbre ambientes?

Yo he sentido vivo alborozo al escuchar estas nobles, inteligentes palabras.

—Pero ¿es cierto? ¿Cunde semejante opinión en Portugal?

—Le juro á usted que sí. Puede usted tener la certeza. El iberismo cuenta ya con muchos adeptos. Sólo quienes ahora comparten el botín, y una masa rutinaria, fácilmente vencible, consideran

tal cosa como un sentimiento antipatriótico. Es necio ser débil cuando un abrazo puede hacernos poderosos. Además, la unión con España, ¿equivale á la anulación de mi país? No ciertamente. En España, el regionalismo gana opinión. España no es absorbente. España tendría todo su respeto para lo que debe ser libre... El pensamiento, el idioma, el carácter... Sí, no lo dude usted: la únión ibérica será un hecho. La razón la exige. Y si no lo exigiera la razón, la vida internacional, otros pueblos más fuertes la impondrían. Es cuestión de que se acabe de pudrir lo actual. Y eso tiene un plazo inexorable.

Hablábamos en tierra española, frente á la tierra lusitana. Eran las mismas. El Miño, serpeando, reía para las dos fronteras, acariciándolas, arrullándolas. Yo miré al portugués, al amigo, al hermano. En sus ojos había una humedad lírica y un fulgor augusto.

—¿Verdad que son el mismo pedazo de patria?

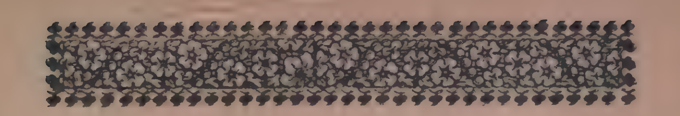
Venía de Portugal un ramalazo de aire bravío, que mi pecho recogió ávidamente. Un ave, surgiendo en la orilla española, voló hacia Portugal, perdiéndose... Mi amigo tuvo una respuesta breve, íntima.

—Sí...

Pero de esto es prematuro hablar todavía. El iberismo, como los grandes hechos humanos, necesita la convulsión generatriz, la violencia fecunda, acaso la muerte creadora.

España, sin ambición, sin alardes imperialistas, sin yugo, hermana mayor, buena y generosa, lleva muchos años en espara, con los brazos tendidos...

La Coruña, Agosto, 1912.



ANTES QUE LA FUERZA, EL JUICIO

EN MONDARIZ

Terminadas, para reposo de mi cuerpo, estas andanzas portuguesas, estoy en Mondariz, á descansar.

Y sín embargo, el reposo me ha sido imposible en estas divinas tierras de Mondariz, en este balneario conventual y prócer, que remeda, bajo los pinos galaicos, la mansión regia de San Ildefonso, erecta bajo los pinos castellanos.

Yo vine á Mondariz buscando en estos parajes deliciosos y en estas aguas milagrosas, alegría, salud, y sobre todo, paz. Imposible. Cuando se lleva una preocupación, ha de roernos el espíritu con la tenacidad lenta y formidable de la polilla, no concediéndonos reparo, ni tregua.

Apenas llegado, y cuando aún no había saciado mis ojos con la suprema contemplación de

magnificencia tanta, Don Enrique Peinador, este viejo y noble patriarca, que hizo de un desierto algo soberano, insólito, lleno de boato y de elegancia señoril, núcleo de civilización y de riqueza, me presentó á un caballero portugués, vestido muy correctamente, que se había descarriado del rigodón para charlar conmigo:

—Es un monárquico. Ha leído sus crónicas y desea conocerle. Fué diplomático en tiempos de los Braganza...

Nos saludamos, y entablamos pronta conversación. Es un hombre de treinta inviernos, carirredondo y rasurado, fino en sus modales, del que refirieron hace media hora algún lindo suceso. Cuando se conspiraba, este hombre maravilloso, escabullíase de vez en vez, ya que Don Enrique Peinador no ha consentido jamás en su casa otros deliquios que los puramente acuáticos, tornando, á poco, lívido, surcada la frente por una arruga de preocupación, como si debatiera en su alma la salvación de Portugal. La gente seguía sus ademanes, convulsa, seducida por aquel conspirador enigmático... Un día, cierto curioso husmeó sus pasos... Nada... El ex diplomático portugués fingía conspirar dialogando con la luna:

—He leído sus impresiones, y las hallo exactas. Sin embargo, le ha faltado á usted un detalle precioso.

—Le agradecería que me lo hiciese conocer.

—Se refiere á la causa del desastre monárqui-

co, á la derrota de Paiva Couceiro. Fué vencido por sus propias huestes.

—Es interesante. Diga, diga...

—Pues verá. Paiva tiene grandes enemigos dentro del campo realista. Estos enemigos lo han traicionado cuando más eficaz se creía el golpe. Si ellos no hubieran vuelto la espalda en instante crítico, si no vencer, al menos hubiéramos hecho algo más de lo que se hizo.

—¿Y en qué ha consistido la traición?

—En ofrecer armas y no traerlas. En comprar soldados y no procurarlos. En faltar á la disciplina. En desorganizar completamente la intentona.

Yo me quedo estupefacto ante confesión de tal jaez. ¡La traición, entre amigos, frente al adversario común! Luego, intrigado vivamente, pregunto:

—Bueno, ¿y á qué santo semejante inquina?

—Es muy sencillo. A muchos realistas les parece poco un capitán para ser el caudillo de hoy, el dictador de mañana.

Mi estupor crece. ¡Antes de vencer, ya se disputan la jefatura estos hombres! ¡Y luego hablan de salvar á su patria! ¡Fementidos! ¡Si están heridos en la medula, como los demagogos! ¡Pobre, pobre, pobre Portugal!

Evitando zaherir á este buen lusitano, distraigo por otros rumbos la conversación. Sin embargo, su obsesión es tal, que me habla, me cuenta.

¿Algo de interés? No. Que piensan continuar

la obra, que no renuncian, que harán una intentona por mar, banalidades... Luego hemos hablado un poco acerca del porvenir. Más tarde, amigos ya, hemos chocado nuestras palmas.

PORTUGAL, REGIÓN ESPAÑOLA

¿Tiene razón de ser la independencia portuguesa? ¿Es Portugal una nación autóctona? ¿Integran á una nacionalidad sus fronteras, su idioma, su historia y su carácter? ¿Tiene fronteras Portugal? Mirad el mapa. Ni siquiera, fuera del Norte, un río. Al contrario, los ríos castellanos buscan en Portugal, más allá de Portugal, en el Atlántico, su muerte. O Tejo es ibero, O Douro es ibero también, ni una cordillera, ni un monte, ni una colina. Sólo una línea artificiosa y arbitraria, obra que pudo cegar á cien delineantes provistos de microscopio.

¿Tiene Portugal un idioma soberano, propio, adecuado á un pensamiento distinto del español?

El portugués, pese á quienes niegan la evidencia, es gallego, gallego hablado con la s. Camoens, la primera gloria clásica de Portugal, escribe pura y netamente, en gallego. Aun hoy, un gallego y un portugués entiéndense sin más dificultad que la posible entre un coruñés y un orensano.

¿La historia? No hace falta haberse quemado las cejas registrando infolios para saber que somos los mismos en el tiempo.

Fuimos poblados por las mismas razas, sufrimos las mismas invasiones. En tiempos de Roma, ni siquiera fué Portugal el Portugal de hoy. El convento bracarense estaba formado por el Norte de Portugal y por Galicia. La Bética, cuya capital estaba en Sevilla, tenía incluídos los Algarbes. La Lusitania poseía un buen pedazo de nuestra Extremadura. Más tarde, en la época gótica, lo mismo. En el cronicón de Idacio, obispo del hoy llamado Chaves, ayer Acuas Flavias, dícese que Braga era capital de Galecia. No hubo nunca una nación definida. Hubo, á lo sumo, región, región que se desmembraba á cada momento según el capricho del legislador.

Unidos hemos estado ambos pueblos hasta el siglo XI. Luego, llegada la hora de formarse los reinos pequeñitos, así como llegó á ser independiente Zamora, una pulgada, Alfonso VI de Castilla, que llamó á pelear contra los almohades á Enrique de Borgoña, casó á éste con la infanta Doña Teresa, y les cedió Portugal, generosamente, concediéndoles una soberanía menguada, haciendo así, por voluntad de Castilla, un reinecito que lo fué en el sucesor de Don Enrique, en su hijo Don Alfonso.

¿No tiene Portugal un origen idéntico al de otros reinos españoles, por fortuna desaparecidos? Más independientes son los condes de Barcelona y los reyes de Navarra. Y ¿á quién se le ocurriría reivindicar ahora los derechos de algún

fantástico monarca navarro ó barcelonés, ahora en este siglo de grandes naciones, de grandes agrupaciones fuertes y raigosas?

Es independiente Portugal hasta que Felipe II se adueña del territorio lusitano con veinte mil hombres dirigidos por el duque de Alba, logrando al fin la soñada, lógica, unidad nacional, momento venturoso para la historia de ambos países que vivieron separados por obra de un individualismo ridículo, insensato, mas que debían forzosamente, por ley natural, reunirse, confundirse, entre los mares, sin más ligamen á Europa que los Pirineos, verdadera y natural frontera de razas distintas.

Pero Felipe II, al igual de su padre, el Emperador, no hizo feliz á Portugal, como no hizo feliz á España. Fué un monarca lleno de merecimientos irregateables, pero tiránico, absorbente, centralista, asolador de toda libertad, absorbedor de toda enjundia regional, municipal y ciudadana. Su hijo y su nieto, menos cerebrales, más despóticos, produjeron la ruina de toda la nación. Cataluña, fuerte, bizarra, se rebeló gloriosamente contra aquel nefando crimen imperialista. "Els segadors", en lo que tiene de ruda protesta contra la tiranía austriaca, es un canto glorioso. Sus derivaciones, sus extravíos, perdonados sean en gracia á lo hermoso de su cuna. Portugal también se rebeló, como debió rebelarse toda España. Y tuvieron más suerte Rodrigo Acuña y Pedro

Mendoza, logrando vencer la cobardía del duque de Braganza, que se negaba por miedo á rebelarse, creando esta dinastía de tímidos, tan mal nacida como peor acabada.

Y así fué libre Portugal. ¡Bendito momento!

Pero ésta no ha sido más que una independencia de carácter político, traída por ocasión, llamada, así que desaparecieran los motivos eventuales, á terminar.

Y hoy terminaron.

La dinastía borbónica, toda ella saturada en el amor á las libertades ciudadanas y populares, ha ido cicatrizando las heridas del salvajismo austriaco. Hoy, un monarca democrático, de un constitucionalismo ejemplar, inspirado por unos gobiernos que propenden á emancipar la región, es augusto símbolo de vida y de pujanza. Y hoy, Portugal debe volver, con sus hermanas Galicia, Cataluña, Castilla, Valencia, Aragón, Extremadura, Navarra, Asturias, Murcia, Andalucía, León, las Vascongadas, al noble, glorioso, fuerte y dilatado solar español, libre en su esencia, con su idioma, su carácter, su economía, sin más punto de contacto que un grande amor y un símbolo. La bandera, el rey, la fuerza militar, el parlamento, la representación diplomática...

¿El carácter?

¿Tiene carácter, carácter indígena, Portugal? Son los portugueses fanfarrones como los andaluces, ingeniosos y socarrones como los gallegos.

buena gente de mar como los catalanes, españoles, españoles, españolísimos. Eça de Queiroz, ese gran novelista ibero, gloria de la raza española, pintando á Portugal nos ha pintado á todos, genialmente. Los tipos de sus novelas, enteros, podrían vivir en La Coruña, en Málaga, en Barcelona...

Somos, somos España.

¡Por foruna, hermanos!

EL MOMENTO POLÍTICO

Portugal, como ha visto el lector, está en plena anarquía, poseído, dominado, esclavizado por una taifa inconsciente. Portugal no tiene orientación, alquibla de luz y de esperanza. La monarquía es un sueño ridículo y nefasto. La república, una situación insostenible. Además...

Además, esto es doloroso decirlo, pero es cierto, exacto. Además, Portugal está condenado á la desmenbración. Esto no se duda ya por nadie.

¿El secreto? es á voces: Alemania...

Alemania quiere colonias. Alemania las quiere por necesidad y hasta por lujo, como desea el rico burgués tener su buena finca de campo.

Ahora bien, ¿de qué colonias podrá adueñarse la gran nación teutona? Ya no hay mundos que descubrir, ni tierras vírgenes que desflorar.

Alemania tiene que ir al despojo. ¿Contra quién? Contra el débil, contra Portugal.

Alemania está en acecho, esperando el instante de caer sobre las colonias portuguesas. No las atrapó aún porque le teme quizás á una guerra con la formidable nación británica. Esta y aquélla, como dos colosos, están mirando la joya que yace entre las manezuelas de un niño. Si todavía no le echaron la zarpa, fué por redror á sí mismas. ¡Ah, pero se pondrán de acuerdo! Una guerra entre Inglaterra y Alemania será una hecatombe mundial. Se pondrán de acuerdo. Yo tengo para mí, en mis humildes entendederas, y juzgando por mis atisbos y asomos al mundo diplomático, que ya lo están... Podría contaros aquí descubrimientos que el patriotismo me veda. Mas, estad seguros de que los titanes han decretado ya, a plazo más corto, más largo, que en la historia de un país veinte años son un día, y cinco y uno, la nada, ese gran suceso...

Y ENTONCES

Y entonces, sin colonias, reducido Portugal á un parvo trocito de nación, dominado por convulsiones interiores, aniquilada la industria y el comercio, raquítica la tierra, ¿qué hará sino echarse en nuestros brazos amorosamente, volver á la hermana, fundirse con ella en un eterno abrazo, ser grande, potente, con nosotros, constituir una gran potencia, florecer, triunfar, tener voz y voto en la vida y en la marcha de los pueblos?

Esto ha de ser.

Ello vendrá con la razón. Si no viniera con ella, si á pesar de que los intelectuales portugueses, los verdaderos grandes intelectuales, han propendido siempre á la unidad ibérica, si á pesar de que las clases de orden, ricas y cultas, la desean, y el campo la reclama, algunos núcleos de medradores, como les llamara Oliveira Martino, se opusieran, sobre todo en Oporto y en Lisboa, á la realización de tan noble y tan lícito ideal, será preciso verter sangre.

Triste remedio, pero glorioso al fin. Triste remedio que habrá de imponerle á dos países hermanos, la testarudez ó la maldad. Que precisa unirnos, que tenemos la obligación de unirnos, que además, y aun dejando por líricas las grandes tradiciones de raza y de historia, Lisboa no podrá continuar siendo, como ya lo es, un pozo

de infección para toda la península, un basurero que recoja toda la hez nacional, y desde cuyo recinto grotescamente soberano, pueda conspirarse libremente contra el orden, la disciplina, la salud y el prestigio de España.

¡Sangre! ¡Sí! Pero bendita la sangre derramada ante la historia por la felicidad y el amor de una patria excelsa.

Mondariz, Septiembre 1912.

ÍNDICE

Págs.

Se acabó de imprimir esta obra
en Madrid, en la imprenta de
«Alrededor del Mundo»
Caños, núm. 4, el día
11 de Septiembre
de 1912.





